

Huelva en el año 1000 a.C., un puerto cosmopolita entre el Atlántico y el Mediterráneo¹

Francisco GÓMEZ TOSCANO

Universidad de Huelva
fgomez@uhu.es

RESUMEN

Se plantea una evolución protohistórica del puerto atlántico de Huelva coherente con el registro arqueológico de los últimos años. Para establecer su relación con otras zonas del Suroeste peninsular se revisan antiguas hipótesis y líneas de trabajo ampliamente conocidas por la investigación y, finalmente, se comparan hallazgos occidentales con la evolución histórica del Próximo Oriente en general, para estimar que las relaciones oriente-occidente se produjeron en tres fases principales sucesivas y de larga duración desde el siglo XIV a.C. hasta las primeras importaciones fenicias en el Puerto de Huelva en el siglo IX a.C.

Palabras clave: Contactos mediterráneos, Suroeste de la Península Ibérica, Huelva, España

Huelva in 1000 a.C., a cosmopolitan port between the Atlantic and the Mediterranean

ABSTRACT

Having in mind previous and ultimate archaeological finds obtained in Huelva a protohistorical evolution of the atlantic port is explained. To establish the possible connections with other areas from the South West of the Iberian Peninsula former hypothesis and currently lines of research are revised. Finely confronting historical evolution of levantine merchants in the East, their connection with the Iberian Peninsula through three successive but long term phases as from the 14th century to the first arrival of phoenicians in the 9th century at Huelva are hereby explained.

Key words: Mediterranean contacts, South West of Iberian Peninsula, Huelva, Spain

INTRODUCCIÓN

En diciembre de 2007 fuimos invitado por la dirección del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (CEFYP) a participar en un seminario con el cual se conmemora

¹ Este trabajo se enmarca en los proyectos de investigación Análisis de la implantación y evolución del fenómeno urbano en el Suroeste Peninsular: Arqueología Urbana en la Ciudad de Huelva. Ministerio de Ciencia y Tecnología (HUM 2004-01790), y Mission Archeologique de Tell Abu Hawam. Port Antique de Haifa, Israel (MATAH), UMR 5649, Institut Fernand-Courby (C.N.R.S.) Université Lumière Lyon II.

raba su primera década de actividades, que además del interesante título *Tarsis y el Lejano Occidente en torno al año 1000 a.C.*, contó con la presencia de investigadores de gran relevancia. Pasadas las vacaciones de Navidad, nuestro compañero el Dr. Moreno Arrastio, que por problemas familiares no pudo asistir a las sesiones, insistió en que redactase nuestra aportación para publicarla en esta revista que prestigia al Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense. Por tanto, mis gracias a F. Moreno y como siempre al conjunto de compañeros de esta Universidad, tanto por invitarme al Seminario como a un compañero más como alentarnos a escribir otro trabajo sobre el Puerto Atlántico de Huelva en ese período oscuro de nuestra Protohistoria.

Habría que comenzar especificando que los últimos años han sido muy enriquecedores en relación al tema, tanto por nuevos hallazgos como en la insistencia con que éstos nos obligan a explicar de forma diferente la evolución histórica del Suroeste peninsular y especialmente la de sitios como Huelva o Niebla en la Tierra Llana de Huelva, donde hemos trabajado desde el inicio de la pasada década (Campos y otros, 2006). Precisamente los hallazgos de esta última ciudad de origen fenicio han sido una de las bases explicativas donde apoyar nuevos planteamientos en relación a la explicación de la evolución del final de la Edad del Bronce (Gómez, 2006). Si a través de nuestra investigación los resultados nos hacían adelantar la ocupación de la *Ilipla* prerromana como mostraba el nuevo registro arqueológico, lo mismo debía hacerse con el Puerto Atlántico y con la explotación de las minas de cobre y plata del Cinturón Ibérico de Piritas, obviando especialmente el paradigma territorial que todavía parece fuertemente establecido. A nuestro juicio, siguiendo planteamientos previamente esbozados (Gómez, 1998), todavía parece necesario insistir en la definición de un período del Bronce Final que, por su amplia cronología, pueda sustentar las relaciones y las convergencias con lo conocido en otras áreas de la Península Ibérica en general y con el Próximo Oriente en particular, que de otra forma su conexión no sería factible.

Desde nuestras revisiones de los últimos años, avanzando con los nuevos hallazgos, comprobamos que el Bajo Guadalquivir y la Provincia de Huelva sufren de diferentes males pero, especialmente, de su relación con el mítico Tartesos. Lógicamente lo implícitamente griego ha sido rápidamente reconocido e interpretado, y lo realmente fenicio, con mayor o peor fortuna, también ha sido bien definido. Sin embargo el final de la Edad del Bronce y lo que debió significar en el contexto general se ha relacionado con el mundo tartésico, ese mundo mítico, casi desconocido y polémico que, sin embargo, fue la causa que desde 1968 llevase a los estudiosos hispanos a practicar Arqueología de campo.

La cronología del final de la Edad del Bronce aplicada al Suroeste nos parece el colmo de los despropósitos. El tránsito del II al I Milenio a.C. entre las cuencas medias del Tajo y del Guadiana, prácticamente el título de una excelente monografía publicada por I. Pavón Soldevilla (1998), a pesar de que en esa zona no se cuente con tantos trabajos de campo como más al sur, donde además de prospecciones superficiales también existen abundantes estratigrafías en poblado, parece claramente explicado entre formas del Bronce Pleno-Bronce Tardío y del Bronce Final, en la práctica con registros muy semejantes a lo que encontramos en las zonas más meridiona-

les. Incluso en la comparación entre las dos zonas que M.E. Aubet hace en el prólogo a ese libro, se acepta la diferencia positiva, a través de *...la existencia en Extremadura de un auténtico patrón de asentamiento estable y jerarquizado desde el Bronce pleno y la absoluta continuidad entre este período y el Bronce final* (Aubet, 1998: 9).

Ya quisiéramos que en el bajo Guadalquivir y Huelva al menos todo pareciese tan claro, pues tanto conocimiento extraído de trabajos pasados y de otros muy matizados por hipótesis en vigor durante más de un cuarto de siglo, reiterativamente utilizadas con diferentes propósitos aunque nunca hayan sido contrastadas empíricamente, y especialmente el calificativo tartésico que casi siempre se aplica cuando desconocemos el origen, peso específico o simplemente la debida adscripción cultural o temporal de un simple útil o de un *fondo de cabaña* pongamos por caso, más que aliviar nuestro trabajo representa un claro impedimento para poder ser coherentes con la estructura del registro arqueológico y su necesaria interpretación histórica.

Como muestra, para el hallazgo realizado en la Ría de Huelva en 1923, incluso como ahora lo conocemos, hace más de una década fue difícil encontrar en la ría una cultura material sincrónica a través de la bibliografía (Ruiz-Gálvez, 1995), quedando los bronceos inmersos en la nebulosa que trata de camuflar la realidad histórica. Por ello, en el momento presente, intentaremos con este trabajo hacer hincapié en los principales problemas cronológicos que inciden en el final de la Edad del Bronce en términos occidentales, y al menos establecer las necesarias sincronías con la *inocente* fuente de esos problemas, el proceso histórico en el Próximo Oriente, aunque quizás lo que consigamos sea agravarlos.

Resultado de la investigación del sitio arqueológico de Huelva a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y las nuevas evidencias del siglo XXI:

Tras la desgraciada guerra civil y la oscura posguerra, no será hasta los años finales de la década de los sesenta cuando comiencen las excavaciones arqueológicas propiamente dichas en el casco antiguo de la ciudad (Gómez y Campos, 2001). En el Cabezo de la Esperanza se realizarían unas primeras pruebas, parcialmente infructuosas (Schubart y Garrido, 1967; Garrido, 1968), con la intención de localizar el hábitat al que debía corresponder la Necrópolis de la Joya (Garrido y Orta, 1970; 1979; 1989). Unos años después, en unos trabajos que se realizaban para proteger la ladera noroeste del Cabezo de San Pedro, el azar mostró por primera vez una completa muestra de la ocupación protohistórica e histórica de ese cabezo (Blázquez y otros, 1970), donde proseguirían los trabajos a cargo de varios equipos en la década siguiente (Belén y otros, 1978; Blázquez y otros, 1979; Ruiz Mata y otros, 1981).

En los años ochenta, después de algunas actividades llevados a cabo por J.P. Garrido en el casco antiguo de la ciudad (Garrido y Orta, 1989), donde por primera vez se mostraría la importancia del hábitat onubense durante el siglo VI a.C., especialmente a partir de las primeras cerámicas griegas arcaicas localizadas en las zonas bajas (Garrido y Olmos, 1982; Garrido, 1983), y por la dirección del Museo Provincial (Amo y Belén, 1981), la investigación quedaría en manos del Servicio de Arqueología de la Diputación prácticamente hasta 1999 (Gómez y Campos, 2001).

De ese período de investigación la importancia de los hallazgos fue resaltada en un adelanto que describía las piezas más relevantes localizadas hasta entonces (Fernández, 1984), aunque no sería hasta 1990 cuando se publicara una monografía más general que comprendía los trabajos de varios investigadores relacionados con ese Servicio de Arqueología a lo largo de la segunda parte de esa década de los ochenta (Fernández, 1990), así como otras excavaciones posteriores (Fernández y otros, 1992) en los que se mostraban los resultados obtenidos del Período Orientalizante, y no será hasta una década después cuando verá la luz una importante síntesis del Período Turdetano (Rufete, 2002), pero muy mermada sus posibilidades al no haber utilizado como en las anteriores todo el registro arqueológico existente de ese período histórico-arqueológico.

Amén de una prolija bibliografía aunque muy selectiva, pues nunca se ha publicado el completo registro de las actuaciones arqueológicas realizadas en la década de los noventa, hasta ahora tan sólo se cuenta con artículos descriptivos en los Anuarios Arqueológicos de Andalucía, donde tuvimos que deducir leyendo entre líneas el alcance de la investigación de esa década (Gómez y Campos, 2001). Por diversas razones, a partir de la realización de la Carta del Riesgo de Huelva (Gómez y Campos, 2000) y su inclusión en el Catálogo General del Patrimonio Histórico de Andalucía como Zona Arqueológica con Carácter Específico, dado que las excavaciones de urgencia están siendo llevadas a cabo por diferentes empresas especializadas, tampoco se cuenta con una memoria científica del conjunto de los resultados, sino sólo con las preceptivas de cada una de ellas depositada en la Delegación Provincial de Cultura, por lo que, en cualquier caso, en el futuro también será necesario acudir a los artículos que se publican en la serie mencionada de anuarios, la única posibilidad de acceder a la nueva información generada, que si no resulta difícil al menos es problemática en cuanto al alcance general de la investigación.

De la misma forma que el mencionado hallazgo de la Ría de Huelva, y los localizados también por fortuna en la ladera Noroeste del Cabezo de San Pedro a finales de la década de los años sesenta (Blázquez y otros, 1970), la colección de materiales protohistóricos procedentes del vaciado de un solar cercano a la Plaza de las Monjas (González y otros, 2004) son una innegable ayuda para completar la información obtenida con las excavaciones realizadas de modo sistemático. Si para el primero no hubo entonces cualquier tipo de contrastación empírica que mostrase la existencia del hábitat al que debían asociarse los bronceos (Ruiz-Gálvez, 1995), en el segundo, aunque de forma sucinta, se mostró el rango de ocupación de los cabezos desde la Edad del Bronce a la actualidad, resaltando especialmente el amplio grado de ocupación en momentos prefenicios (Gómez y Campos, e.p.). Sin embargo, el hallazgo más reciente se ha convertido en la piedra angular que dote a la investigación de Huelva, en comparación con otros sitios de la geografía peninsular, o incluso del Mediterráneo Central, de la necesaria justificación para atribuirle una importancia decisiva en la conformación del conjunto de la sociedad Protohistórica del Suroeste de la Península Ibérica y del Occidente en particular, aunque parece demasiado arriesgado establecer que las relaciones de esos navegantes mediterráneos fuesen exclusivas con el Puerto de Huelva, lo cual tendría que llevar a estimar, como ya han resaltado otros autores, su directa relación con la Tarsis bíblica primero y con la

Tartesos de la fuentes griegas después, si contemplamos el registro arqueológico del siglo VI a.C. Sin embargo, aunque ese registro arqueológico de Huelva pueda ahora parecer congruente con los textos, cabe la posibilidad de que un nuevo hallazgo, perfectamente posible y normal en la investigación arqueológica, podría convertirla en un yacimiento más, aunque lógicamente nunca perderá su importancia relativa en relación con la generalidad de lo conocido hasta ahora en el Suroeste peninsular.

No obstante, con la información global que aportan los hallazgos de Huelva, tanto los casuales como los extraídos de excavaciones sistemáticas o de urgencia, nos parece necesario establecer una serie de razonamientos que, a nuestro juicio, definen la causalidad de la evolución del hábitat protohistórico, para que, por nuestra parte, sirva como una primera declaración de intenciones:

a) El inicio de la ocupación y uso generalizado del puerto durante el final de la Edad del Bronce se produjo en un momento que, a juzgar por la evolución de las cerámicas documentadas en los cabezos de San Pedro y de la Esperanza, debe estimarse en torno a los inicios del último cuarto del II Milenio a.C. (Gómez, 2006; e.p.). La aparición de un fragmento cerámico con decoración incisa, hallado en la marisma procedente de los escombros de un vaciado no especificado en el casco antiguo de la ciudad (Gómez y otros, e.p.), implicaría algún tipo de relación con el denominado Bronce Tardío, también conocido como Horizonte de Cogotas I, que en principio justifica esa adscripción cronológica, además de otras razones que presentamos hace una década (Gómez, 1998). La continuidad de esa ocupación desde el denominado Horizonte Atalaia-Becerrero, además de algunos ejemplos depositados en el Museo Provincial procedentes del Cabezo de la Esperanza, podrá establecerse ahora con hallazgos del Bronce Pleno, especialmente tumbas relacionadas con el *Bronze do Suroeste I* de H. Schubart (1971), excavados en una zona situada al norte del hábitat, que actualmente se encuentran en realización y estudio², y que entre otras consecuencias descartan la existencia del pretendido vacío poblacional desde la segunda mitad del II Milenio hasta los siglos IX-VIII a.C., al menos en la zona peninsular donde se localiza a Huelva entre los ríos Tinto y Odiel, que se ha asignado reiteradamente al conjunto del Suroeste (Escacena, 1995). Cómo fue la continuidad a escala local deberá mantenerse a la espera de resultados.

b) La continuidad del Final de la Edad del Bronce, es decir durante nuestros *Horizontes Formativo y Clásico*, comprendida entre los siglos finales del II Milenio y el siglo IX a.C., habría quedado reflejada en la estratigrafía de la ladera noroeste del Cabezo de San Pedro, comprendiendo los Niveles 6 y 5a-b (Blázquez y otros, 1970; Gómez y Campos, e.p.), que también justificamos hace una década (Gómez, 1998), y de la misma forma parece confirmarse en la zona mencionada al norte de la ciudad, por lo que es factible que así se compruebe en unas prontas excavaciones que han de llevarse a cabo en el mismo cabezo.

² Agradecemos a las empresas Ánfora, S.L. y Girha, S.C., y especialmente a D. González Batanero y J. de Haro Ordóñez, directores de las excavaciones que realizan en el Plan Parcial 8, que se nos permita acceder a esta información que todavía se encuentra en estudio.

c) En una etapa tardía del *Horizonte Clásico*, se produjo la presencia de los primeros objetos fenicios y griegos proto y geométricos que si hace poco estimábamos debió ocurrir entre finales del siglo IX y los inicios del siglo VIII a.C. (Gómez, 2004: 91), los nuevos hallazgos publicados (González y otros, 2004), especialmente por su cantidad y características, desde nuestro punto de vista, permitirían adelantar esa fecha un par de generaciones, pero no más allá de las primeras décadas del siglo IX a.C. (Ruiz Mata y Gómez, e.p.).

d) Por ello, sólo a lo largo de ese siglo IX y la primera mitad del siguiente siglo VIII a.C., tuvo lugar la interrelación de la sociedad local con los comerciantes orientales que denominamos *fenicios*, comenzando desde entonces una drástica modificación de la cultura material local³, especialmente observada en la degradación de sus cerámicas, que nos ha permitido incluirlas en una nueva fase que, por sus características, denominamos *Horizonte Residual* (Gómez, e.p.), la cual incluiría las fases II y III estimadas previamente (Ruiz Mata, 1995). También en esos momentos debió comenzar la producción local de cerámicas de carácter fenicio a torno, dando lugar a las que conforman lo que en otro lugar denominamos *Fase Roja Fundacional* (Gómez, 2004: 91), para diferenciarlas de la siguiente fase de producción de cerámica fenicia de tipología ya plenamente occidental y que nada tendrá que ver con importaciones.

e) Desde la segunda mitad del siglo VIII a.C., ocuparán el registro local materiales fenicios casi exclusivamente con tipos de fabricación occidental, unas formas prácticamente nuevas que incluye platos de engobe rojo bruñido, cerámica gris, jarras Cruz del Negro, *pithoi* con bandas horizontales pintadas y un buen número de nuevas ánforas de la fase denominada colonial en general, ya bien conocida en otras zonas de las costas de Andalucía y Portugal (Gómez, 2004: 91), así como cerámicas locales que continuarían siendo modeladas a mano aunque apartándose gradualmente de las características formales que definían las de nuestro *Horizonte Clásico* (Gómez, e.p.). Se trata aquí de una representación de la población local cuya elite se enterró en la necrópolis de La Joya.

f) A finales del siglo VII y a lo largo de los tres primeros cuartos del siglo VI a.C. se produce la incorporación al registro arqueológico de la Huelva *Orientalizante*, junto a cerámicas fenicias de tipología local más evolucionadas que las mencionadas anteriormente, de un nuevo elenco de cerámicas griegas importadas desde la mayor parte de los talleres egeos conocidos en el Período Arcaico (Cabrera, 1990), debiendo resaltarse la importancia de las producciones áticas del segundo cuarto de ese siglo, no especialmente por su cantidad pero sí por su extrema calidad (Gómez, 2007a, 2007b), así como también cerámicas a mano o a molde de tradición prefenicia que definirán al período.

³ Cuando en diferentes sitios occidentales se han encontrado cerámicas locales del Horizonte Clásico junto con cerámicas a torno fenicias, algunos autores han considerado que todas las cerámicas bruñidas tenían que ser contemporáneas y, por ello, de los siglos IX-VIII a.C., un craso error que ha afectado negativamente a la investigación histórica peninsular.

g) El final de esa última fase, asiduamente considerada como la *crisis tartésica del siglo VI a.C.*, daría lugar al Período Turdetano a partir del siglo V a.C. (Rufete, 2002). Por nuestra parte y de acuerdo con el registro arqueológico hasta ahora publicado, el final del puerto, con características de ruptura con las etapas precedentes, lo llevamos exclusivamente a momentos posteriores del siglo IV a.C., y el hecho de la total desaparición en el registro arqueológico desde el último cuarto del siglo VI a.C. de cerámicas griegas procedentes de los talleres griegos orientales, excepto del Ática, tendría que relacionarse con una causa ajena a la sociedad occidental (Gómez, 2007a, 2007b; Gómez, 2008). La continuidad de la ocupación de la Huelva turdetana debe considerarse una historia ajena a las pretensiones de este trabajo

Lo que creemos más relevante para extraer consecuencias de este planteamiento para así llegar a un acercamiento más coherente con la realidad arqueológica presente en Huelva, ha sido establecer el origen de la disposición de los materiales arqueológicos en las estratigrafías realizadas en la ciudad y su entorno (Gómez y Campos, 2001), que si fue explicado desde la simple posición que suele ocurrir en un típico *tell* como los conocidos en el Próximo Oriente, el estudio individual de cada una de ellas, en realidad todas únicas e irrepetibles, permitirá descubrir las superposiciones, los cabalgamientos y la disposición posdeposicional de la mayor parte de los materiales que conforman los registros hasta ahora conocidos, puesto que han dado lugar a mezclas y a falsas relaciones a través de las cuales se ha intentado reconstruir con la mejor intención una fase protohistórica local específica (Gómez y otros, e.p.)

Frente a la simple simetría horizontal de los estratos, que llevaría a deducir la localización en el tiempo de cada uno de los *items* arqueológicos por superposición, continuidad de períodos e identidad arqueológica, que obligaría a utilizar unos paralelismos dudosos muchas veces, cada una de las estratigrafías, y por ello sus materiales, deberán ser estudiados de nuevo si queremos partir de bases interpretativas coherentes con el alcance obtenido en otras zonas del Mundo Mediterráneo. Evidentemente, desde este planteamiento, la mayor parte de las explicaciones barajadas por la investigación han pasado a ser obsoletas.

En síntesis, sólo desde este planteamiento parece posible establecer conexiones con el desarrollo histórico oriental entre los siglos finales del II Milenio a.C. y los primeros del siguiente, para que tenga cabida el del Suroeste de la Península Ibérica en general y del puerto de Huelva en particular.

La necesidad de retomar hipótesis conocidas para alcanzar una interpretación coherente con el registro arqueológico general.

Para explicar el desarrollo de la investigación del Suroeste peninsular, amplia área geográfica en la que se encuentra el puerto de Huelva, por su extensa historiografía debida a momentos diferentes, a escuelas diversas y a los planteamientos teóricos desarrollados a lo largo de las últimas décadas, no bastaría que aquí tan sólo citásemos o analizáramos un conjunto específico de referencias. Desde los años noventa, dado que la importación de cerámicas orientales de Montoro se asociaban a las locales conocidas como Cogotas I (Martín de la Cruz, 1991), las fabricadas a

torno han dejado de ser uno de los paradigmas específicamente manejados, incluso manipulados, para reducir el lapso de tiempo en que se desarrolló la evolución del final de la Edad del Bronce. Por ello, como tendremos la ocasión de resaltar, mencionar en lo sucesivo la aparición de cualquier fragmento a torno en un contexto del Bronce Final no tiene sentido si no se muestra, describe y explica con los necesarios pormenores que la documentación ahora permite, puesto que fragmentos a torno de importación podrían fecharse desde el siglo XIV a.C., sin ser por ello fenicios⁴. De cualquier forma, por el desarrollo de la investigación, en estos momentos nos parece interesante revisar antiguas hipótesis o líneas de investigación tradicionales que se han mantenido prácticamente latentes a lo largo de décadas.

En relación con la Edad del Bronce y principalmente con la cultura material de su fase final, algunas cuestiones como las *Estelas Grabadas del Suroeste*, aunque no se haya documentado ni siquiera una en el conjunto de la Provincia de Huelva, deben ser resaltadas aquí por la importancia que creemos pueden aportar al conocimiento de la sociedad occidental preferencia en su conjunto. A partir de la primera monografía publicada por M. Almagro Basch (1966), una década después M. Bendala demostró que en las estelas del Suroeste aparecían objetos de clara procedencia oriental, que en aquellos momentos se juzgaba lógico e interesante relacionar con el mundo egeo del Período Geométrico (Bendala, 1977; 1979). Diez años después, la identificación de otros objetos grabados le permitió ampliar el análisis de instrumentos musicales a otros elementos relevantes para indicar la *...especial vinculación de las estelas al mundo mediterráneo oriental, y presentes aquí como elemento de un lenguaje simbólico reconocible en las estelas, que no son una mera yuxtaposición de representaciones de artefactos* (Bendala, 1986: 536).

Así, las losas decoradas han sido estudiadas y su contexto revisado por muchos especialistas, en amplias monografías o a partir de cada ejemplo o ejemplos que se iban descubriendo generalmente por azar⁵, con lo que también existe una extensa bibliografía a disposición de la investigación histórico-arqueológica. Sin embargo, en estos momentos parece claro que las estelas grabadas se han querido interpretar casi exclusivamente como la representación de jefaturas locales de claro origen occidental que, para expresar su riqueza y poder de ostentación, mostraban objetos orientales importados, en general fibulas, espejos, instrumentos musicales o carros rituales, junto a las armas ofensivas y defensivas en bronce conocidas en el extenso Atlántico y en el Mediterráneo Occidental.

De esa forma su cronología debía situarse en conexión con la que pudiera otorgarse a cada uno de los útiles grabados, desde las espadas atlánticas a los carros orientales pongamos por caso. Por este hecho, que Galán (1993) considera haber sido la línea de trabajo casi siempre utilizada, el estudio de todas en conjunto se ha centrado en incluirlas en el contexto material del Suroeste peninsular durante el final de

⁴ Debería tenerse en cuenta que un fragmento de galbo importado de ánfora cananea del siglo XIV a.C. sería prácticamente igual que otro de ánfora importada en el siglo VIII a.C.

⁵ En algún caso se ha pensado que esa abundancia podría crear cierta desconfianza en la autenticidad de cada una de ellas.

la Edad del Bronce, pero siempre en momentos cercanos a la presencia fenicia, por lo que en cualquier caso podía esgrimirse que pertenecieron a una *Precolonización* que ha sido prácticamente aceptada por todos (Celestino, 2001a: 289), cuando los objetos parecían demasiado antiguos para relacionarlos directamente con lo que se estima como el *mundo fenicio de las colonias occidentales*. Pero con la cronología corta del Bronce Final defendida en las últimas décadas, ha sido prácticamente imposible incluir a las estelas en fechas anteriores al siglo IX a.C., momento en que se extendería el reiterado vacío poblacional del Suroeste. Como consecuencia, parece evidente que el hallazgo de la Ría de Huelva también ha estado siempre fuera de cualquier contexto poblacional defendible desde una cultura material tangible y determinada, aunque ambas manifestaciones fuesen sincrónicas, las estelas y los depósitos de bronce, una posibilidad no siempre tenida en cuenta o simplemente desestimada.

En general, dado que la presencia de fenicios y griegos en Occidente no podía hasta hace poco ser anterior a los inicios del siglo VIII a.C., tan sólo las más antiguas losas grabadas debían incluirse en ese período precedente de la *precolonización fenicia*. De esa generalidad debemos separar el estudio de A. Mederos (1996), que hace algo más de una década partía de la atribución a unos tipos específicos de instrumentos musicales, para indicar una cronología inicial mucho más amplia, por supuesto claramente factible con el registro arqueológico actual, desde modelos del Heládico Final cretense (HF IIIA1-IIIIC), entre los siglos XV al XI a.C. De cualquier manera, como no ha sido fácil establecer una relación directa y clara con otros elementos de cultura material, siempre nos ha parecido que el fenómeno de las estelas podía considerarse una manifestación diferente, generada a través de varios siglos, pero sin cualquier relación directa con la sociedad oriental, excepto por la indudable procedencia de algunos de los objetos grabados que sólo serían las *pertenencias* de los representados, unas importaciones cuyo uso era asumido como algo propio por la sociedad occidental (Almagro, 1998), junto a otras de fabricación local a la que califican y definen en su avanzada complejidad.

Sin embargo, dado que en general presentan una expansión geográfica determinada, sin duda a ese contexto del interior tuvieron que llegar los objetos orientales representados a través de la existencia de un previsible comercio local previo cuya infraestructura tendría que iniciarse o finalizar en los sitios costeros, una empresa prácticamente imposible si en los puertos del litoral no hubiese existido una sociedad lo suficientemente dinámica, compleja y capaz de organizarlos con eficiencia, pues no creemos que los comerciantes fenicios alcanzaran desde los inicios de sus relaciones en el siglo IX a.C. hasta tan lejos como Extremadura o incluso más allá. Por su posible relación con jefaturas, o al poder en general, debido a la posible fecha inicial, algunos útiles grabados podemos considerarlos de procedencia egea, cretense, chipriota o de las gentes que habitaron la costa siropalestina a partir de la crisis del 1200 a.C., y también, desde el punto de vista histórico más tradicional, podrían relacionarse con los *nostoi* o con otros viajes sin retorno de los que el de Hércules fue la excepción, u otras interpretaciones de carácter mítico o histórico (López Pardo, 2005).

Sería conveniente tener en cuenta que las estelas decoradas pueden ser definidas según propone A. Tejera Gaspar como *Estelas de Divinidades Guerreras* (Tejera y otros, 2006), lo cual, de ser así, tiene una importante repercusión en el estudio de la sociedad occidental pues, con varias excepciones, ésta parecía estar desprovista hasta ahora de cualquier consideración relacionada con un mínimo fondo de complejidad, en este caso con deidades presumiblemente locales, no importadas, que en realidad simbolizarían la religiosidad y el poder superior intrínseco a cualquier sociedad compleja, independientes de Oriente, como es conocido en el resto de la Europa de esos momentos (Kristiansen y Larsson, 2006).

De hecho, como siempre se ha intuido, las hipótesis establecidas durante décadas de investigación no encontraron la justificación pretendida o al menos su explicación no satisfizo a todos. Nosotros creemos que las estelas corresponden a una manifestación puramente occidental, relacionada única y exclusivamente con la sociedad del Bronce Final preferencio. Estamos convencidos como A. Tejera y otros investigadores que todas las estelas no pueden estar descontextualizadas, ni que el origen de su manifestación social deba responder exclusivamente a marcadores del territorio, o únicamente signifiquen ser la expresión fúnebre del enterramiento de un guerrero, por importante que éste pudiera haber sido en su tiempo, especialmente por el elevado número de estelas que ya se conocen, más de un centenar (Murillo y otros, 2005) e incluso con más de un héroe por estela. Como ya hemos mencionado en otro lugar (Ruiz Mata y Gómez, e.p.), la interpretación de Tejera y otros (2006: 152-156) significa dar un paso más en la definición de la compleja sociedad preferencia del final de la Edad del Bronce, relacionándolas en este caso con una creencia o un culto específico que desconocemos pero que si parece que nada tiene que ver con divinidades orientales, al menos implica que la sociedad occidental estaba lo suficientemente desarrollada para no tener que adoptar por primera vez unos tipos de devoción o sumisión anímica impuestos por los fenicios históricos, que es lo que intentamos puntualizar para paliar los perniciosos efectos de aquellos que parecen desestimar el más mínimo indicador positivo de la sociedad occidental durante el Bronce Final.

Pero si debatimos las cuestiones anímicas de los occidentales debiéramos incluir a los santuarios, como siempre se ha hecho con el establecido según la tradición en una de las islas gaditanas (Corzo, 2005), sin dudas una implantación oriental, pero fundado en el momento que le corresponda desde un eventual registro histórico-arqueológico que todavía desconocemos, o en el más recientemente estudiado en Tavira, relacionado éste con Baal (Maia, 2003: 70). En los últimos años ha proliferado la documentación de recintos sagrados donde se han registrado altares u hogares centrales en forma de lingote de piel de buey, como en Cancho Roano B (Celestino, 2001b: Fig. 16), en Coria del Río (Escacena e Izquierdo, 2001: Fig. 6) o en El Carambolo (Fernández y Rodríguez, 2007: Fig. 20), además de otros inéditos todavía, fechados todos desde el siglo VIII a.C. pero especialmente a partir del siguiente, y por ello del período Orientalizante.

Aunque la probable persistencia del lingote como símbolo religioso en la Península Ibérica fue intuida por M.R. Lucas y P. Gómez (1993: 119), estos altares han sido atribuidos como siempre a navegantes fenicios pero, como contraste, los templos fenicios conocidos en otras zonas no presentan, o no se ha detectado en ellos, ese tipo de altar, ni en los pequeños sitios de Sarepta en el área de origen (Pritchard, 1978: 131-138), o de Commos Templo B en una de las islas que servirían de puente en la navegación hacia Occidente (Shaw, 1993; 1998; 2000: Fig. 4)⁶, ni en el impresionante templo de Astarté en Kition (Karageorghis, 2002: 144-145), tal vez una de las primeras *colonias* tirias.

Sin embargo, ahora podemos relacionar empíricamente a los santuarios peninsulares con hogar en forma de lingote con la representación de uno cuadrangular grabado en la estela de Cerro Muriano I (Murillo y otros, 2005: Fig. 2, 103)⁷, que tal vez pueda considerarse parte de un lenguaje iconográfico específico, al menos desde un punto de vista cronológico. Tal vez nuevas investigaciones o nuevos hallazgos puedan aclarar esa circunstancia, aunque el lingote de cobre o de estaño en piel de buey fue conocido en todo el Mediterráneo desde el II Milenio a.C. como muestran los pecios de Uluburun o de Cabo Gelidonia, vinculado especialmente al cobre chipriota según análisis efectuados a los de ese metal aparecidos en Cerdeña (Lo Schiavo, 2003: 158), también en conexión cronológica con bronce atlánticos como los de la Ría de Huelva.

En asociación con representaciones o manifestaciones artísticas, el lingote de piel de buey aparece en Chipre a partir del siglo XIII a.C. en algunos soportes o carritos de bronce, como en Kurion, éste del siglo XI a.C., donde en uno de los registros horizontales se observa a un porteador con uno cargado a la espalda (Yon, 1981: Fig. 3), una representación muy similar a otras del British Museum de Londres o del Bible Lands Museum de Jerusalén, considerados del Chipriota Tardío IIIA (Karageorghis, 2005: Fig. 201 y 203). Como vínculo con Occidente, además de las conexiones sardas, debe tenerse en cuenta aquí un soporte con ruedas que podría relacionarse con los anteriores, al menos en cuanto a su procedencia aunque pueda ser algo posterior, que apareció en la costa atlántica portuguesa en el depósito de bronce de Baiões, el cual viene siendo relacionado desde hace años con exploradores o navegantes mediterráneos (Ruiz-Gálvez, 1993: 49; Fig. 4, 1; Mederos y Harrison, 1996: Fig. 1).

De acuerdo con la representación de los dioses o héroes armados occidentales, precisamente en Enkomi, entre los siglos XII-XI a.C., además del santuario del dios *Cornudo*, denominado así por su vinculación con una estatua de bronce de más de medio metro de altura, otro santuario, denominado éste del *dios del lingote*, el cual resulta interesante fuese construido exclusivamente con mampuesto y ladrillos de adobe por la vinculación de esta técnica con algunos santuarios occidentales como El Carambolo, nos llama la atención por haber sido designado también así a partir de otra pequeña figura en bronce de 35 cm, la cual representa a un guerrero, completa-

⁶ En el caso que nos ocupa, parece interesante el estudio de J. W. Shaw (1993) en relación con los templos fenicios conocidos en el Mediterráneo en la fecha que aproximadamente se otorga al Carambolo.

⁷ Agradecemos a D. Ruiz Mata nos recordara esta eventualidad.

mente armado con casco cónico de cuernos, lanza, grebas y escudo circular, que aparece erguido y amenazante sobre una base en forma de lingote (Karageorghis, 2002: 99). En cualquier caso, si ese dios nos recuerda la posible representación de dioses y su panoplia de armas y objetos personales en las estelas, ¿pudo haber alguna relación simbólica entre el lingote chipriota, las estelas y los altares peninsulares posteriores, aunque existan varios siglos entre ellos? El contexto de las estelas de Almadén de la Plata, entre otras, podría relacionarse con un lugar especial, *...un espacio monumentalizado...* que se situaba a escasa distancia de un complejo megalítico, con lo que... *no debe descartarse que las comunidades del Bronce Final y Edad del Hierro de la Sierra Norte de Sevilla conmemoraban con sus estelas monumentos funerarios más antiguos* (García Sanjuán y otros, 2006: 149).

En cuanto al carácter religioso de las estelas y de su cronología preferencia, parece interesante traer aquí a colación el fragmento de estela amortizado que se localizó en una cabaña de Pocito Chico, en el Puerto de Santa María (Ruiz Gil y López Amador, 2001: 153-4). Ese fragmento de estela, que sólo conserva parte de la cabeza de un dios cornudo, presenta además una cazoleta en uno de sus lados, el cual fue reutilizado posteriormente como mampuesto en un muro de tapia perteneciente a una cabaña cuyo relleno intencionado puede fecharse en el siglo VIII a.C., de acuerdo con los materiales fenicios que incorpora, aunque en el mismo contexto figuren otros materiales locales más antiguos. Siguiendo a M. Torres (1999: 184), los autores consideran a la estructura un posible *...santuario o como habitación de un Bigman, donde al conjunto de material de residuos se añaden los elementos de prestigio relacionados con el ritual de abandono* (Ruiz Gil y López Amador, 2001: 291). En cualquier caso, la reutilización de la estela, después de su fragmentación, en la estructura de una cabaña que fue amortizada ritualmente en una fecha bastante arcaica de la presencia fenicia a juzgar por los materiales más recientes del relleno, significaría un término ante quien para su uso como estela.

Esta línea explicativa de continuidad religiosa o funeraria occidental preferencia, prácticamente ignorada hasta ahora, por la combinación de elementos antiguos con otros más recientes, puede ser un ejemplo del desarrollo en el tiempo de unas tradiciones anímicas que desconocemos. De hecho, entre otras, nos parece más interesante relacionar a la pareja de dioses de la Estela 2 de Almadén de la Plata (García Sanjuán y otros, 2000: Lám. IV), con la pareja chipriota formada por el dios del lingote de Enkomi antes citado, posiblemente *...un guerrier mycénien* (Masson, 1973: 114), y la figura en bronce de *...déesse au lingot ...proche d'Astarté ou d'Afrodite* (Masson, 1973: 116), *...patrons of the copper industry* (Karageorghis, 1973: 105), por supuesto correspondientes a un culto existente varios siglos antes de la fundación del templo de la Astarté fenicia en Kition.

De la misma forma, el pectoral que aparece en la estela de Cortijo de la Reina II (Murillo y otros, 2005: Fig. 4, 107), por su especial forma de sujeción al torso del guerrero o divinidad guerrera, podría relacionarse con los áureos del Carambolo, aunque éstos sean bastante más recientes, que, sin embargo, tienen también forma de lingote chipriota, lo cual pondría al santuario del Carambolo en conexión con la tradición de una devoción anteriormente conocida en Chipre. En cualquier caso, la orientación con la salida del sol de los hogares rituales de los santuarios puede res-

ponder a técnicas conocidas en el Suroeste desde la Edad del Cobre, a juzgar por la que se observa en la mayor parte de las construcciones megalíticas del III Milenio, dirigidas también al sol naciente en el solsticio de invierno, lo cual no tiene por qué implicar su adopción en el esquema constructivo de los santuarios protohistóricos occidentales a partir de la presencia de los siempre reiterados navegantes fenicios, sino que la orientación astronómica de estructuras religiosas o funerarias fue algo conocido en el Suroeste desde el III Milenio a.C. De la misma forma, la relación del santuario del Carambolo con la Artarté fenicia del Museo de Sevilla se trata de una explicación forzada que, en cualquier caso, se trata de una especulación muy reciente, pues el Dr. Carriazo afirmó tajantemente que su *...procedencia del Carambolo no es cosa segura* (Carriazo, 1992: 30), y en su publicación más importante ni siquiera la menciona a pesar de lo exhaustiva que ésta pretendía ser (Carriazo, 1973).

Tal vez, en la misma línea, al incorporar la adopción de formas orientales en el Suroeste en momentos muy antiguos y su perduración hasta bastante después, incluso con representaciones del lingote, debemos entender el magnífico trabajo de R. Corzo en su estudio del Hércules gaditano (Corzo, 2006: Fig. 17 A), que abre nuevas perspectivas acerca del conocimiento y la frecuentación previa de la zona, que sirve para entender relatos de carácter mítico tratados entre otros por F. López Pardo (2005), que en buena lógica tampoco tienen que adjudicarse a los fenicios históricos, sino que deben corresponder a vínculos orientales de carácter previo.

También como hipótesis, ¿podemos vincular los motivos que aparecen en las más antiguas cerámicas tipo Carambolo con otras chipriotas del siglo XI a.C.? Aunque creemos que las cerámicas bruñidas con motivos geométricos pintados en rojo tienen su génesis en el Bronce final occidental independientemente de cualquier procedencia oriental siguiendo la generalización de un probable período geométrico panmediterráneo, una decoración pintada en rojo, aunque con trazos más espesos, tales como paneles con triángulos, rombos, ajedrezados, o incluso ejemplos figurativos muy parecidos a los que vemos en cerámica del Bronce Final occidental, se conoce en Chipre como *Proto-White Painted/White Painted*, las cuales representaron en la isla influencias o la continuidad de la sociedad micénica posterior a la crisis del 1200 a.C. (Karageorghis, 2002: 115-141), y de ahí su posible correlación en Occidente por los motivos geométricos aplicados a las cerámicas a mano⁸, una posibilidad que deberá tenerse en cuenta. Sin embargo, es bueno considerar que los motivos geométricos también pudieron ser transmitidos en otros soportes diferentes a la cerámica, de los que no han quedado huellas, especialmente a través de la decoración de tejidos (Cáceres, 1997: 131-135), que debieron ser importados de Oriente desde el inicio de los contactos, o fabricados localmente como se estima en Peña Negra, precisamente en fechas parecidas a las que estamos manejando (Ruiz-Gálvez, 1993: 56).

⁸ La decoración con un meandro que aparece en el Túmulo 1 de Las Cumbres, junto al Castillo de Doña Blanca (Córdoba, 2004: Fig. 4), pensamos representa un momento posterior, incorporado al temario local a partir del conocimiento de cerámicas del MG ático, es decir no antes de la segunda mitad del siglo IX a.C. (Ruiz Mata y Gómez, e.p.: 369).

¿Pero qué hacer con algunas cerámicas ahora en estudio en Huelva, de clara génesis y tipología sarda y probablemente también del sur de Italia, conocidas sólo en contextos de la Edad del Bronce en las áreas de origen y que confirman el hallazgo de bronce atlánticos en esas zonas mediterráneas? ¿Fueron traídas a la Península también por los fenicios o en verdad pertenecen a contextos o contactos occidentales insertos en la dinámica comercial que se generó en la costa siropalestina desde el siglo de la crisis? ¿Cómo conciliar los nuevos hallazgos de Huelva en el Plan Parcial 8 con la cronología de los siglos IX-VIII a.C. reconocida únicamente para el Bronce Final por tantos investigadores, con docenas de cabañas dispersas pero asociadas a *field systems* que indican grandes plantaciones de vides y que su cultura material se corresponde con momentos de nuestros períodos *Formativo* y *Clásico* (Gómez, 1998; e.p.), lo cual imposibilita su relación con los fenicios históricos, excepto en sus estructuras más tardías? Sin duda, cuando el registro de esas cabañas sea publicado, incluyendo el de su entorno agrícola, entonces deberemos desechar irremisiblemente otro de los paradigmas clásicos vigente en las últimas décadas pues, como venimos reiterando en este trabajo, se había asegurado la existencia en el Suroeste de un extraño vacío poblacional entre el Bronce Pleno-Tardío y el Bronce Final que conducía a un callejón sin salida.

Con ello, ¿tendremos también que desdeñar pronto la hipótesis, prácticamente paradigmática hasta ahora, de que el vino no se conoció en Occidente hasta las primeras navegaciones fenicias de los siglos IX-VIII a.C.? Si seguimos a P.E. McGovern en su importante libro acerca del vino en la Antigüedad, los fenicios llevarían en sus barcos plantones de vides listos para plantar viñas donde quiera que desembarcaran y fundaran colonias (McGovern, 2003: 203). Pero nada impide que ese estereotipo pueda aplicarse también a los micénicos y a otros navegantes que pudieron sucederles en el comercio occidental en momentos previos al siglo IX a.C. Para la contrastación de esa hipótesis, como se ha dicho, deberemos esperar a la publicación de las excavaciones que todavía se realizan en las campiñas situadas al norte del puerto de Huelva, su rueda tradicional.

¿Y qué hacer con el tema de la obtención de la plata occidental? ¿Es también ésta una deducción explicada apriorísticamente desde planteamientos generalizados en las últimas décadas, como puede comprobarse en la mayor parte de la bibliografía especializada? Nuevos datos publicados ahora, en este caso en la provincia de Sevilla y en un área de poblamiento prefenicio exclusivo del Bronce Pleno y Bronce Final, muy cercana a las minas de Aznalcóllar (Pérez y otros, 2005), se unen a otros difundidos hace una década (Pérez, 1996: 56-66), muy criticados incluso sin aportar cualquier base empírica que lo refutase, son en realidad una baza importante para descartar que la copelación fuese una técnica conocida en el Suroeste únicamente a partir del I Milenio a.C. siguiendo las enseñanzas de ávidos marinos fenicios, especialmente porque las técnicas de la Edad de Bronce para obtener plata metálica de las mineralizaciones del Cinturón Ibérico de Piritas no se conocen en otras zonas hispanas, pero tampoco en el Mediterráneo Central ni en las más famosas minas de plata del Mediterráneo Oriental (Pérez y otros, 2005: 34). También parece extraño que de forma unánime se haya aceptado que el gran esfuerzo de su explotación a pie de mina

nunca hubiese estado directamente en manos fenicias, sino que siempre se ha estimado que fue dirigido por la elite de origen local *dependiente* de los fenicios, tal vez por la incomodidad que hubiese supuesto para esos astutos navegantes.

Otras consideraciones históricas a partir de la contrastación del registro arqueológico mediterráneo.

Después de los problemas y las asociaciones de la sociedad occidental con elementos claramente importados del Mediterráneo en general, cuando quiera que éstos aparecieran por primera vez, ¿cómo conciliar el registro arqueológico del Suroeste peninsular incluyendo al del puerto de Huelva, a partir de la evolución histórica del Próximo Oriente?

Si retomamos una reciente hipótesis de J. Padró (2001: 156) acerca de la relación entre la procedencia de la plata con la que se fundió el sarcófago del faraón Psusenes I (1040-993 a.C.) y la fundación mítica de Gádir *...anno octogesimo post Troiam captan* (Vell. Patérculo, I, 2, 1-3), esta hipótesis, si pudiera ser contrastada y con ello asegurar que realmente se trata de plata occidental, acercaría con un ejemplo de confirmación indirecta los contactos entre Oriente y Occidente en el cambio de los milenios II-I a.C., obteniendo así un destino concreto para la plata occidental en un momento medio del desarrollo de la sociedad del final de la Edad del Bronce en general y del de la ría de Huelva en particular (Gómez, 2006), sin duda una sociedad productora de plata, aunque sin cualquier dato empírico deduzcamos que el puerto de Huelva tuvo que ser uno de los puntos de embarque de la plata obtenida en las minas situadas en el Andévalo onubense. Pero, parece claro que esa perspectiva tan sólo significa trabajar con otra hipótesis más, la cual presenta una clara dificultad para ser contrastada, dado la problemática de obtener consecuencias a partir de unos posibles análisis metalúrgicos⁹.

No en vano la cronología de la Dinastía XXI difícilmente puede sortear las extrañas coincidencias y problemas de superposición estratigráfica con la Dinastía XXII encontrados en las tumbas reales de Tanis, tal como fueron excavadas a partir de 1929 por P. Montet (James, 1993: 236-238). Además, entre otros, el sarcófago de Psusenes I podría tener su continuidad estilística en otro de Orsokon II, ambos de plata, si no fuera porque la cronología del segundo sólo se estima ca. 874-850 a.C., o sea más de un siglo de diferencia, del cual también, para aumentar los problemas de desajuste cronológico, se halló un vaso egipcio en alabastro en Occidente, en Almuñécar, en un contexto todavía más tardío (Padró, 1998), esta vez de comienzos del siglo VII a.C. (Pellicer, 1962), si la fecha de toda la Necrópolis Laurita pudo deducirse a partir de las cotilas protocorintias de otra tumba que contenía un vaso, también de alabastro, con el cartucho de Sheshonq III (825-773 a.C.).

Al mismo tiempo, como extraño ejemplo, en el interior del sarcófago de Psusenes I, para proteger a la momia del faraón, su máscara funeraria en oro parece estar muy

⁹ Aunque se contara con análisis de los isótopos de plomo, si toda la plata del sarcófago no fuese de una misma procedencia sería prácticamente imposible establecer una procedencia específica directa.

cercana desde un punto de vista estilístico de la *ramésida* de Tutankamón (1347-1338 a.C.), ésta de la Dinastía XVIII, y cuya cronología dista más de trescientos años de la que se acepta para las dinastías libias del Tercer Período Intermedio. Todo ello, sin tener en cuenta las cuestiones que pueden surgir del hecho que el mencionado sarcófago de plata se depositó dentro de otro en granito negro sin inscripción real concreta, y que éste, a su vez, se encontró en el interior de uno de mayores dimensiones en granito rosa que había sido construido específicamente para el faraón Merenptah de la Dinastía XIX (Montet, 1951).

La relación de Psusenes I con la Península Ibérica y la posibilidad de que su sarcófago fuese fundido con plata procedente del Suroeste no pasaría de ser una audaz hipótesis de J. Padró a no ser que, como ya proponía M. Almagro hace más de treinta años, tuviéramos en cuenta que en su tumba existen claros paralelos tipológicos para el cuenco de Berzocana, en este caso con páteras más ricas en oro y plata, así como en Tell Basta, la antigua Bubastis, que en esos momentos consideraba incluso más cercanas (Almagro, 1977: 29; 243)¹⁰. Pero, además, en relación precisamente con la diversidad de los posibles comerciantes con los que ahora se puede conectar a la Península Ibérica a través del cuenco extremeño, en este caso también en bronce, conocemos un ejemplar casi idéntico procedente de la tumba 114 de Deir El Balah, que allí formaba parte de un servicio de vino como ofrenda en este caso a un importante individuo de origen claramente filisteo (Dothan, 1979: 22, Fig. 41-42), y otro en la tumba 7 del Cementerio Norte de Beth Shan (Oren, 1973: Fig. 41, 38), la cual contiene además cuatro colgantes de cornalina en forma de botella o capullo de adormidera (Oren, 1973: Figura 41, 13-16), a los que también debemos relacionar los hallados en tumbas de Achziv (Mazar, 2003: Fig. 34: 13 y Fig. 66: 39) con cronología bastante reciente, aunque algunos de los paralelos peninsulares recientemente publicados (Martín de la Cruz y otros, 2004; Martín de la Cruz, 2007), puedan ser también estimados de fecha previa a la expansión fenicia. En cualquier caso, cuencos como el de Berzocana han aparecido recientemente en el tesoro metálico de Jatt (Artzy, 2006: Fig. 2.1 y 2.2), un lote descontextualizado que la autora considera de los siglos XIII-XI a.C. y *...one of the earliest signs of Phoenician activity in the area of modern northern Israel*, [que debe verse como] *...a continuation of Late Bronze Age bronze-working Koine characteristic of the triangle formed by the northern coast of the Levant and Cyprus* (Arty, 2006: 97). A pesar de la definición del hallazgo como fenicio, por su cronología no interfiere con la existencia de una fase previa a la presencia de los fenicios históricos en el siglo IX a.C. en la Península Ibérica, que aquí estamos proponiendo para diferenciarla de la supuesta *precolonización* fenicia.

La distribución geográfica y cronológica de estos cuencos, tanto en bronce como en oro o en plata, puede, precisamente, ser de gran interés para relacionarlos con la posible ruta seguida hasta la Península Ibérica por el mencionado cuenco de Berzocana, como indicaría otro cuenco similar de plata procedente de Hala Sultan

¹⁰ Como es lógico, dada la fecha que se aceptaba para las relaciones de fenicios y orientales en general con la Península Ibérica, en la cual debía integrarse el cuenco, éste fue considerado por muchos de los siglos VIII-VII a.C.

Tekke, en este caso con una inscripción grabada en ugarítico cuneiforme, localizado en un contexto del Chipriota Tardío IIIA:1 (Karageorghis, 2002: 110, lám. 223). Este último cuenco hallado en Chipre fue estimado una fabricación del sur de Canaán por E. Puech, porque según este autor responde a una tipología con paralelos en tumbas de Megiddo que lo datarían en el siglo XIII a.C. (Puech, 1983: 373). Sin embargo, dado que el contexto arqueológico en que aparece en Chipre fue considerado entre 1190-1175 a.C. (Aström y Masson, 1982), a partir de la inscripción que presenta, estimada por E. Puech *cananéó-phénicienne*, el nombre hurrita y el tipo de escritura lo considera más propio de la segunda mitad o de finales del siglo XIII a.C., que según el investigador francés lo haría un importante referente para atestiguar la presencia de semitas en la isla en unos momentos en los que también fuertes corrientes occidentales -chipriotas- van a tener su eco en la costa levantina (Puech, 1983: 374). No creemos sea necesario mencionar aquí que, por su dependencia política, los contactos entre la costa siropalestina y Egipto volviesen a ser fluidos en esos últimos siglos del II Milenio a.C., como veremos más adelante.

De cualquier manera, ese estudio está matizado por el interés de elevar la presencia de los fenicios en Occidente siguiendo la cronología alta de los tipos de escritura conocidos en la costa siropalestina, aunque se estima la participación de Cerdeña a partir del texto conocido como Nora 1, pues siguiendo el consabido puente de islas del Mediterráneo llevaría a esos antiguos fenicios a Occidente buscando minerales raros en Tartesos, de acuerdo con el paradigma y la cronología tradicional estimada junto con el texto de V. Patérculo (Puech, 1983: 394). No obstante, y en relación con el hallazgo en la Península Ibérica, por otra parte, la temprana aparición de estos cuencos en Egipto, así como su perduración tipológica hasta siglos posteriores, llevó a P. Schauer a relacionar al cuenco extremeño con otros paralelos de Deir el-Bahari, éstos de los siglos XIV-XII a.C. (Schauer, 1983: 177). En realidad, parece claro que cuencos como el de Berzocana fueron típicos en Egipto y en la costa siropalestina entre finales de la Edad del Bronce y los inicios del Hierro I, coincidiendo en algunos momentos en Chipre con el Chipriota Tardío IIIA:1, que sería la fecha de su aparición en Occidente.

En este contexto, aunque algo más tarde, un texto que podrá servir para acercarnos a los entresijos del comercio y de la estructura de los puertos de la costa siropalestina en particular, precisamente durante ese siglo XI a.C., ejemplo al que todos parecen acudir pero para ejemplificar el comercio *fenicio* en el Mediterráneo oriental, se obtiene del relato de las peripecias de Wenamon (Aubet, 1987: 303-307), donde Zakar Baal de Biblos se declara independiente de Egipto, y en el cual Sidón parece ser el centro de un estado autónomo que aparentemente realiza operaciones comerciales de cierta entidad con el Nilo valiéndose de armadores y marinos filisteos y de otros que suelen asignarse como integrantes de los *Pueblos del Mar*, que implica la existencia en los puertos que se definirán posteriormente como fenicios de flotas pertenecientes a casas comerciales al parecer privadas, no de ascendencia real como en la Edad del Bronce. También, la ciudad-estado independiente de Biblos englobará a Tiro hasta el reinado de Hiram I (969-936 a.C.), el cual será reconocido desde su entronación como *rey de Tiro y Fenicia*, quizás porque con su alianza con Salomón, si es que éste existió realmente con la importancia que se le otorga en el

texto bíblico, llegaría a obtener el monopolio del comercio marítimo y de los viajes ultramarinos (Herrera y Gómez, 2004: 25), especialmente por Elat hacia el sur del Mar Rojo y al este hacia la desembocadura de los ríos Tigris y Eúfrates buscando las riquezas orientales.

De la misma forma, para unos momentos ya claramente posteriores al siglo de la crisis generalizada en Oriente, correspondientes en este caso a los siglos X-IX a.C., presentan serios problemas de interrelación entre Egipto y Palestina dos hallazgos sin contexto arqueológico claro, como la famosa estela de Megiddo y un fragmento de estatua en piedra procedente de Biblos, ambos atribuidos a Sheshonq I (945-924 a.C.), las cuales, unidas al busto de piedra de Orsokon I (924-889 a.C.), procedente también de Biblos, podrían significar la confirmación de una continuidad ya dinástica en las relaciones e intercambios del imperio del Nilo con la costa siropalestina, o tal vez la recuperación de la perdida dependencia de la segunda con respecto al primero desde el fenómeno de los *Pueblos del Mar*, es decir, entre los siglos XII-X a.C. Las dos últimas presentan, además de los textos egipcios grabados, una inscripción fenicia muy similar, que podría indicar que en esos momentos la presencia egipcia en la costa volvía a ser tan importante como lo había sido en períodos anteriores a la Dinastía XXI (James, 1993: 240-241), aunque puede que tan sólo se tratara de una situación efímera.

La gran disyuntiva, al menos desde un punto de vista exclusivamente de cronología comparada que implica a los dos países o a las dos zonas en general, y que pasa desapercibida en los trabajos publicados en Occidente, surge del hecho que al menos dos generaciones o casi cincuenta años después de Psusenes I, si la cronología egipcia del Segundo Período Intermedio estuviese asegurada, Sheshonq I, tal vez el bíblico Shishak (Reyes I, 14: 25-26), realizó una campaña punitiva en el reino de Israel después de la muerte de Salomón (965-928 a.C.). Así, en el quinto año de reinado del hijo del soberano bíblico, el ejército egipcio destruyó el templo de Jerusalén y tomó sus tesoros (Finkelstein y Silberman, 2001: 18), lo cual representa la única sincronía planteada claramente entre la Biblia y Egipto (Herrera y Gómez, 2004: 177), que sin embargo ha sido puesta en duda por I. Finkelstein desde la década de los años noventa al sospechar de la poca consistencia arqueológica con que se cuenta para que alguna vez hubiese existido un reino hebreo unificado (Finkelstein, 1996: 180), no sólo desde los presupuestos de su *low chronology* (Finkelstein, 1999), sino también por otros investigadores desde planteamientos con un objetivo parecido, en este caso para dudar las bases empíricas de una paradigmática cronología egipcia que sólo debería utilizarse con las debidas reservas (James, 1993).

Por tanto, las relaciones comerciales tirias, o dependientes de Tiro, con los faraones de la Dinastía XXII pudieron ser fluidas, pero hasta que una vez muerto el rey Salomón, en el quinto año de reinado de Jeroboán de Judá, ca. 918 a.C., como ya se ha dicho, Israel sufriera la mencionada campaña punitiva de Sheshonq I y, como principal resultado de ese conflicto, además de retornar a la ciudad-estado a una probable dependencia con respecto a Egipto (Fantalkin y Finkelstein, 2006: 26), al menos sujeta a tributo, será el fin del monopolio comercial tirio en el tráfico con el sur de Arabia y hacia la desembocadura de los mencionados ríos a través del mar Rojo (Herrera y Gómez, 2004: 25).

De cualquier manera, ello también implicaría, necesariamente, que en esos momentos, y no antes, surgiera la necesidad en Tiro de establecer un nuevo esquema comercial en sus relaciones con el exterior, fundamentalmente con el Mediterráneo en general (Aubet, 1987) y tal vez con el lejano Occidente en particular, ya que la continuidad con el Oriente continental a través del Mar Rojo al menos sería problemática o tendría que estar sujeta a la intervención preponderante de Egipto, especialmente porque Israel, su aliada, en esos momentos ya no dominaría el paso al mar Rojo a través de Elat. Sin embargo, ante la disyuntiva de la realidad bíblica, Fantalkin-Finkelstein (2006: 30-32) relacionan la expansión fenicia hacia Occidente a partir de la presión del rey arameo Hazael (845-800) de Aram-Damasco, especialmente porque A. Fantalkin (2006: 200) ha puesto en duda la cronología de la primera mitad del siglo IX atribuida a los materiales fenicios localizados en Huelva (González y otros, 2004).

En realidad, en esa línea explicativa, al adentrarnos en los entresijos de la cronología comparada del Próximo Oriente, nos encontramos además con un importante dilema. Siguiendo también a J. Padró y como es lógico utilizando la cronología histórica tradicional, si el bronce que se usó para fabricar la nueva estatuaria representada por la figura de la princesa Karomana o la del rey Petubastis, de las Dinastías XXII-XXIII, puede relacionarse con la producción de cobre de la Faja Piritífera del Suroeste peninsular (Padró, 2001: 156), y también de acuerdo con la cronología de algunos materiales recientemente publicados del puerto de Huelva (González y otros, 2004), ello podría implicar unas tempranas relaciones tirias con la Península Ibérica, pero como continuidad del comercio de los siglos anteriores, aunque ya en un período posterior al de la Dinastía XXI y a la paradigmática relación entre Hiram I de Tiro y Salomón de Jerusalén, que coincide con la fecha más lógica de esos materiales fenicios onubenses y que nosotros hemos preferido datar con posterioridad a la monarquía unificada (Ruiz Mata y Gómez, e.p.).

La producción de cobre en Chipre y especialmente en Timna y Khirbet en-Nahas (Feinan) entre los siglos XII y IX (Fantalkin y Finkelstein, 2006: 25), según demuestra algunos análisis de los bronce de Tel Jatt (Stos-Gale, 2006), pudieron hacer innecesaria o poco rentable la importación de cobre desde el lejano Occidente. Por ello, la hipotética obtención egipcia de plata desde la dinastía anterior, si ésta hubiese sido importada efectivamente desde las minas onubenses, nos podría llevar incluso al siglo XI, un momento anterior en casi un siglo a los reinados de Salomón de Israel y a la importancia alcanzada por el de Hiram I de Tiro con respecto a otras ciudades-estado de la costa siropalestina, momento en que hemos visto que la ciudad-estado fenicia no podía embarcarse en ese tipo de empresa ultramarina al lejano Atlántico, o realmente no estuvo interesada (Stampolidis, 2003: 52). Esta posibilidad nos está acercando a la deducción que en los contactos con Occidente bien pudiera haberse sucedido en el tiempo el concurso de varios grupos de comerciantes o navegantes orientales, y que sólo los últimos pueden considerarse realmente fenicios. En realidad, a pesar de que los trabajos que se publican en la Península Ibérica parecen mostrar que los fenicios venían de un pequeño paraíso estable y en paz, la costa siropalestina durante los siglos XI-IX fue un hervidero de problemas de todo tipo.

No obstante, en relación con el bronce, como se ha visto éste pudo abundar en el Próximo Oriente en general durante los siglos XI-X a.C., especialmente por la utilización en esos momentos de la producción de cobre de Feinan (Artzy, 2006: 84), hasta dejar de ser una mercancía especialmente codiciada, al estar siendo suplido por la oferta de nuevas armas y útiles de hierro (Yon, 1981: 39, Fig. 7). Este fue quizás uno de los principales negocios de los comerciantes egeo-chipriota-filisteos primero y de los fenicios históricos (tirios) después, que también hacía innecesaria la importación de estaño (¿occidental?) y proveer a los mercados locales (Muhly, 1998: 320). Ese escaso y ansiado metal durante la Edad del Bronce, que hasta entonces había sido de especial importancia estratégica en Oriente pues fue imprescindible importarlo en el período micénico en grandes cantidades de donde fuera, como se deduce entre otros de la carga del pecio de Uluburum (Karageorghis, 2002: 27), y prácticamente desaparece de los barcos hundidos entre 1200-500 a.C. (Muhly, 1998: 319), ahora se encontraba disponible aleado en la chatarra de bronce que se desdeñaba en todos sitios al recurrir progresivamente al hierro y, por lo tanto, cada vez más estaría a disposición de los bronceístas responsables de la producción de piezas únicamente suntuarias, a las que sólo se añadiría algo de plomo para conseguir una aleación más maleable, que como se ve invalidaría o pondría en duda la importación de bronce desde Occidente.

Por todo ello, visto desde el lado oriental los problemas aumentan. ¿O se aclaran? En cualquier caso, la necesidad de estaño estaría en estrecha relación con la disponibilidad de objetos del nuevo metal suministrados del exterior o elaborados localmente. Pero, volviendo al tema que aquí nos importa, ¿podemos atribuir ahora a los tirios la necesidad o la capacidad de navegar para comerciar con Occidente en esa fecha del II Milenio? Desde nuestro punto de vista, sería mucho mejor conectar los posibles contactos de los siglos XI-X a.C. con otros navegantes o comerciantes de unas pocas generaciones anteriores, especialmente a unas gentes de origen micénico-chipriota que en general pueden ser considerados *protofenicios* (Sherrat, 1998), y que ya es aceptado por algunos investigadores españoles que continuaran los contactos micénicos con el Mediterráneo central y occidental con posterioridad a la crisis del 1200 a.C. (Ruiz-Gálvez, 1993: 59; Almagro, 1998: 93-96).

Como prueba arqueológica de esa posibilidad, en Chipre, el estilo micénico III C:1b continuó fabricándose junto al Chipriota Tardío IIIA, la cerámica por excelencia de la isla inmediatamente después de la crisis, de la misma forma que en Tell Mique, como ejemplo continental, después del asentamiento cananeo del Bronce Final, también en hornos locales se fabricó el mismo tipo cerámico (Karageorghis, 1992: 81; 2002: 115-119). De igual manera, en el *Stratum XIII* de Tiro, que correspondería a la ciudad del siglo XI a.C., un siglo anterior a Hiram I, hay bastante cerámica chipriota, marfil y objetos de hierro (Bikai, 1978: Lám. 33-38), tal vez importados desde Chipre y más allá, y otros objetos fenicios tan similares a algunos chipriotas o filisteos que indican que los contactos entre las tres zonas fueron mucho más que ocasionales, y que sólo a finales del siglo X a.C., o desde los inicios del siguiente, la influencia fenicia alcanzara a Kommos en Creta (Bikai, 1992: 132-133; 2000; Ruiz Mata y Gómez, e.p.), tal vez una de las escalas siempre necesarias para los viajes al lejano Occidente a través del reiterado puente de contacto que representaba la isla de

Cerdeña, tanto para los orientales como los occidentales (Lo Schiavo, 2003: 161), especialmente si hablamos de un período anterior a la navegación astronómica.

Frente al oscuro mundo dominado por piratas e invasores que pusieron término al complejo cosmos del final de la Edad del Bronce en el Próximo Oriente en general, atribuido siempre a los *Pueblos del Mar* como hasta hace poco se sostenía, parece más evidente recapacitar sobre un nuevo panorama de mercaderes emprendedores y de ávidos comerciantes agrupados en sociedades privadas que buscarán oportunidades con nuevos productos, mercados o simplemente la conocida continuidad de las rentables rutas micénicas (Muhly, 1992: 19), para adquirir en este caso otros recursos para intercambiarlos donde quiera que fuese por objetos producidos por la nueva sociedad de la Edad del Hierro, los cuales nada tienen nada que ver con lo que circuló en el Mediterráneo en los siglos precedentes.

¿Puede pues inscribirse en este nuevo escenario la probada frecuentación previa al siglo IX a.C. de Sicilia, Cerdeña, Norte de África y la Península Ibérica (Almagro, 1998; Lucena, 2006: 54) por gentes *protofenicias* como resultado de la interrelación que se produce entre *eteochipriotas* y las nuevas gentes que se asentaron en la costa siropalestina en la Edad del Hierro? Si la semilla del comercio internacional surgió en Chipre (Karageorghis, 1992: 80), donde la producción de cobre impidió el colapso económico de los años de la crisis (Muhly, 1989: 310), un lugar donde no existía previamente una sociedad palacial al modo de la micénica continental o la más sofisticada del continente asiático, esa manifestación continuó en el siglo siguiente tal vez con la del hierro, a pesar de que no existiesen en la isla minas explotables, aunque sí se conocieran allí las necesarias técnicas para obtenerlo, interrelacionándola con los nuevos comerciantes de la costa siropalestina, ese fenómeno estructural que explicaría la posterior expansión de los siglos IX-VIII a.C. y que los griegos llamaron fenicios pero *...who saw themselves -insofar as they did collectively- first and foremost as cna'ani* (Sherrat, 1998: 307).

Como prueba de los contactos con Occidente, no podemos olvidar aquí, entre otros elementos posibles, la tumba 523 de la necrópolis chipriota de Amathus, que además de un asador de bronce de tipología atlántica (Karageorghis, 2002: Fig. 294-295), proporcionó también una fibula de codo del tipo de la Ría de Huelva, asociados a materiales cerámicos del Chipro-Geométrico I-II (Torres, 2002: 168-169). Esos contactos previos con Chipre, además que desde el registro arqueológico de Tiro, entre otros sitios, los hemos podido observar en Tell Abu Hawam y, de la misma forma, la inseguridad que se observa tras la muerte de Salomón, o quizás sólo la pérdida de la influencia de Hiram I, puede estar presente en el hecho que desde esos momentos la metrópolis tiria esté modificando y reorientando como se ha comentado antes su estructura comercial hacia otras zonas, fundamentalmente el Mediterráneo oriental y, por qué no, al Atlántico en particular (Herrera y Gómez, 2004: 174).

A nuestro juicio, de todo ello debe deducirse que hoy en día, en los inicios de un nuevo milenio, la investigación hispana no puede mantenerse a toda costa en los presupuestos dificultosa pero inteligentemente desarrollados a lo largo del siglo XX, por la escasa documentación a la que se acudía para explicar la evolución histórico-arqueológica y los entresijos de sus relaciones internacionales. Al menos los investi-

gadores menos conservadores deberán tener en cuenta la posibilidad de trabajar con líneas o planteamientos más progresistas, ajenos a presupuestos políticos, sociales, religiosos o de escuela que, cuando menos, deben considerarse obsoletos. También los localismos deberían ser desechados, si ello fuera posible.

En esta línea, para seguir debatiendo acerca de relaciones o meramente importaciones orientales detectadas físicamente en Occidente como las de Montoro, así como otras incluso más recientes (Martín de la Cruz y otros, 2004; Martín de la Cruz, 2007), debemos tener claras miras en cuanto a que es posible que existan ejemplos datables desde la segunda mitad del II Milenio a.C., o incluso desde la primera mitad¹¹. Pero ello nos está exigiendo definir claramente si esas importaciones o relaciones directas, o indirectas a través de Cerdeña, Sicilia, Creta y Chipre, tuvieron lugar en barcos micénicos de los siglos XIV-XIII a.C. como está atestiguado especialmente en Montoro, aunque su representación sea escasa y muy apartada de la costa (Martín de la Cruz, 1991; Almagro y Fontes, 1997), si como proponemos también con la oscura síntesis de comerciantes posteriores a los años de la crisis que retomaron el nuevo tráfico marítimo de la Edad del Hierro entre los siglos XII al X a.C. (Bauer, 1998; Sherrat, 1998), o finalmente a través de los fenicios y griegos históricos de los siglos IX-VIII a.C. (Aubet, 1987; Coldstream, 1998), que aquí estamos resaltando para estimar que entre ellos pudieran haberse sucedido diferentes fases y comerciantes específicos.

De esa manera, entre los ejemplos materiales exhumados en nuestras excavaciones del mediodía peninsular, debemos definir cuáles son o pudieron ser realmente importaciones y cuáles son, o tienen que ser, originarios de talleres de cualquiera de los sitios locales preexistentes donde trabajarán ya artesanos especialistas autóctonos en general o, tal vez, en fundaciones debidas exclusivamente a gentes procedentes del exterior, que también son factibles de contrastar desde la Arqueología y compatibles desde nuestro concepto histórico. La existencia de esos artesanos, a nuestro modo de ver, nunca implicará *a priori* cualquier tipo de preponderancia política o social en el sitio en cuestión, sino únicamente su consideración de extranjeros, relacionados o no con la elite local que tendría que existir en una sociedad compleja como la sociedad occidental de la Edad del Bronce, con lo que ello significaba en la Antigüedad, no sólo en el mundo oriental.

Síntesis final.

Las nuevas excavaciones que se realizan en Huelva, así como la revisión de otras muchas practicadas en décadas anteriores vistas desde nuestra perspectiva que puede hacerse extensivo a otras áreas del Suroeste, conforman un nuevo esquema a comparar con los planteamientos metodológicos y el registro arqueológico de otras zonas de la Península Ibérica y con el Mediterráneo en general. Desde luego, para nosotros, parece obvio que sólo con la ampliación de la cronología que hace años propusimos

¹¹ Cerámicas de importación excavadas en Coria del Río, según comunicación personal de nuestro amigo y compañero J. L. Escacena.

para el Bronce Final en el Suroeste (Gómez, 1998), tan sólo un primer paso, ha sido posible reconocer la importancia de las relaciones con Oriente en la conformación de la sociedad occidental durante la Protohistoria, incluso para establecer una clara sucesión de los diversos marinos o comerciantes que en diferentes tiempos se relacionarán con el lejano Occidente. Estamos con M.L. Ruiz-Gálvez (2005: 252) en aseverar que esas relaciones previas fueron *precoloniales* pero nada tienen que ver con una *precolonización fenicia* parecida a la egea tal como fue deducida y explicada para el Mediterráneo Central por S. Moscati (1983). En realidad, como se ha visto, los fenicios -tirios- no pudieron plantear, o parece que no estuvieron interesados, en esos contactos previos, como hemos mencionado también estima A. Fantalkin (2006: 200) entre otros, en este caso para la segunda mitad del siglo IX a.C.

Algunas de las hipótesis basadas tan sólo en referencias textuales que fueron planteadas a lo largo de los últimos años en relación con el aporte occidental de grandes cantidades de metal -plata y bronce- a la sociedad oriental, en algunos casos, puede parecer apresurada y, de cualquier forma, necesitaría una difícil contrastación empírica, toda vez que esos metales habían estado presentes en la zona desde siempre.

Así, desde nuestro parecer, la presencia de marinos orientales en las costas del Suroeste peninsular, a partir de las evidencias anteriores, sin dudas tuvo que manifestarse como una continuidad de los viajes micénicos desde el II Milenio, teniendo en cuenta la existencia de navegantes egeos-chipriotas-filisteos y otros *Pueblos del Mar* evolucionados que asumieron para sí las rutas abiertas previamente por los navegantes egeomicénicos, posiblemente con el puente que significaban Sicilia y Cerdeña en la ruta occidental, y más tarde los fenicios históricos, pero sólo a partir del teórico reinado de Jeroboám I de Israel y primero casi exclusivamente con Huelva, a juzgar por los materiales ahora documentados (González y otros, 2004; Ruiz Mata y Gómez, e.p.).

Un siglo después, en la segunda mitad del siglo VIII, creemos que la masiva presencia de asentamientos fenicios por todos lados ya no tiene nada que ver con cualquier estrategia implícitamente comercial como en los siglos anteriores, sino que los yacimientos de ese momento, las *colonias fenicias* conocidas en el Mediterráneo Central y Occidental, representan exclusivamente a gentes que por prudencia o temor, entre los años 732-701 a.C. y posteriormente, huyen de la nueva amenaza representada en toda la costa levantina por Tiglath Pileser III, Sargón II o Senaquerib. Si los asentamientos a partir del último cuarto del siglo VIII a.C. siempre se explicaron como puntos de comercio y expansión buscando recurrentemente los recursos locales, para adquirir metales incluso donde no los había, realmente se debe a que los tirios fueron fundamentalmente navegantes dedicados al comercio y otras actividades artesanales, y no es lógico que en Occidente se dedicaran a algo distinto. Los nuevos asentamientos costeros no son factorías sino simplemente asentamientos fenicios estructurados siguiendo las pautas del país de origen.

Las relaciones Este-Oeste no tuvieron por qué interrumpirse completamente entre el siglo de la crisis y la llegada de los fenicios históricos en los siglos IX-VIII a.C., ni que entre el final del II Milenio y esos primeros siglos del I Milenio a.C. el Suroeste peninsular permaneciera extrañamente vacío cuando en otras áreas peninsulares continuó la evolución poblacional local generada a partir de fases anteriores,

tales como las cuencas medias del Guadiana (Pavón, 1998) o del Guadalquivir (Murillo y otros, 2005: 44). Como hemos planteado más arriba, resulta claro que existen formas de cultura material tanto orientales como occidentales anteriores al siglo IX a.C. e incluso a los primeros fenicios históricos posteriores a Hiram I, por lo que no es posible argumentar la existencia de ese vacío poblacional y que, a pesar de la carencia de población costera, llegasen algunas importaciones tan lejos al menos como las Extremaduras portuguesa y española, Córdoba o Ciudad Real, desde una costa prácticamente vacía de sitios de génesis local.

Nuestros horizontes Formativo y Clásico del Bronce Final, situados en principio entre 1250 y 750 a.C. (Gómez, 1998; e.p.), una cronología que tendrá que reajustarse en el futuro, pudieron ser la base poblacional que gestionara y distribuyera las importaciones, y que ésta tuviese el necesario talento y la requerida potencialidad para canalizar y fomentar la capacidad existente que cubriese la demanda de productos occidentales en su propio beneficio. Ello nos lleva a pensar que el puerto de Huelva, entre los siglos XII-VIII a.C., tuvo que ser un puerto cosmopolita, abierto a todos y donde la sociedad occidental del final de la Edad del Bronce conviviría pacífica y libremente con comerciantes atlánticos y del Mediterráneo central e incluso oriental, estos últimos en estrecha correlación con la evolución oriental a través de esos siglos de desarrollo del Bronce Final prefenicio. Sin duda otros puertos atlánticos como Tavira, Castro Marim, Coria, Lebrija, Mesas de Asta, o el área prefenicia de Doña Blanca, pueden mostrar en lo sucesivo un registro similar.

Desde estos planteamientos, resulta claro que nosotros defendemos la existencia en las costas occidentales, mediterráneas y/o atlánticas, de una sociedad que a lo largo del tiempo se irá convirtiendo cada vez más en compleja y dinámica, lo cual posibilitó su contacto sin complejos y sin sujeción a navegantes de diversas procedencias y en momentos distintos pero sucesivos. Esos contactos significarán la instauración de un complicado esquema de interrelación que siguiendo una antigua cita textual de O. Arteaga y H. Schubart, que tan bien suena en nuestros oídos por lo que ésta podría implicar desde un punto de vista teórico o según han sido las bases metodológicas en que se aventuraron las hipótesis barajadas a lo largo del siglo XX, dio lugar a que la navegación en Occidente se convirtiera *...para los orientales en toda <<una odisea>>, y, para los occidentales, en un <<oficio de titanes>>* (Arteaga y Schubart, 1986: 501). En muchos casos textos, mitos, cronologías y artefactos se entremezclan y nos confunden.

Es cierto que algunas de las estelas del Suroeste parecen representar una escena similar a la que vemos pintada sobre los famosos vasos marcadores de tumbas del Geométrico Ático Reciente localizados en el cementerio del Cerámico. Pero esas estelas son más antiguas que el último cuarto del siglo VIII a.C. que es la fecha que puede asignarse a los grandes vasos áticos del LG (Coldstream 1968), pero bien podrían estar en relación con el dios cornudo y amenazador del templo de Enkomi ya citado, éste al menos del siglo XI a.C., aunque las estelas, una manifestación claramente local como se ha visto, presentan elementos conocidos o reinterpretados en los santuarios posteriores del Período Orientalizante con los altares en forma de lingote, los cuales deberían considerarse una clara continuidad de tradiciones anteriores, tal vez de aire chipriota, pero sin cualquier mediación de los fenicios históricos.

Al revisar las escasas tumbas de incineración bajo túmulo excavadas en el Suroeste, incluso alguna de la Joya, el ritual funerario nos recuerda la descripción de los *Funerales de Patroclo*, por lo que tienen que evocar una costumbre o un uso practicado exclusivamente con los héroes homéricos, surgido en el Sur peninsular en momentos prefenicios (Bendala, 1991: 34).

La cerámica pintada tipo Carambolo parece imitar motivos del Geométrico griego en general, pero esa cerámica local, como hemos visto más arriba, resulta anterior a la cronología que se estima en el Egeo, y en cambio puede ser similar a otras conocidas ya desde el *Proto-White Painted* chipriota que, en este caso, serían de un momento sincrónico, aunque una relación directa la estimamos poco verosímil, sino mejor a través de la decoración de elementos perecederos como las piezas de tejido que se importarían en esos siglos. En realidad, parece como si entre Oriente y Occidente existiesen demasiadas conexiones procedentes de un tronco común cuyo origen y desarrollo por ahora se desvanecen por nuestra propia incompetencia.

La complejidad de la sociedad local occidental en los siglos XI-X a.C., nuestro Horizonte Clásico de Huelva (Gómez, e.p.), ya no puede ser puesta en duda, a juzgar por el registro arqueológico, especialmente a partir de demasiados elementos de la vida común, al menos atribuidas a las elites sociales, que podrían considerarse importaciones (Almagro, 1998). Es necesario que para evitar confundir a nuestros compañeros historiadores de la Antigüedad, debemos reexplicar histórica y arqueológicamente la evolución no sólo en el tiempo de la sociedad occidental de la fase final de la Edad del Bronce, por su indudable relación con la posible continuidad micénica a través de los navegantes orientales que, desde Chipre y la costa siropalestina después de la crisis del 1200 a.C., implantaron en el Mediterráneo oriental un nuevo sistema comercial que aprovecharía, además de la continuidad del comercio local, las nuevas condiciones del comercio internacional a partir de esa fecha. Pero, sin dudas, para ello será necesario especificar a qué debemos denominar fenicio o fenicios, o qué debe ser de un momento anterior. Al menos deberá establecerse cuándo pudieron comenzar su relación directa con el Lejano Occidente en general y con el Puerto de Huelva en particular, para no cometer el craso error de denominar fenicio a cualquier útil o influencia material, del tipo que sea, que pueda o deba incidir en aspectos de índole social, política o religiosa. Los cananeos-fenicios existieron en Oriente antes del siglo IX a.C., pero creemos que hasta algún momento de ese siglo no tuvieron la idea o la necesidad de navegar hasta el lejano Occidente siguiendo la estela de otros navegantes procedentes de la zona comprendida en el triángulo imaginario situado entre la costa siropalestina y la isla de Chipre. Tal vez la expansión estuvo impuesta por las relaciones internacionales del momento y no fue a causa de la famosa diáspora comercial.

De tenerse en cuenta este nuevo planteamiento necesariamente en relación con la evolución histórica del Próximo Oriente, en el futuro no será lo mismo identificar una importación específica como el mencionado cuenco de Berzocana, quizás una copa para beber vino utilizado y comercializado por los chipro-cananeos-filisteos o *protofenicios* en general entre los siglos XI-X a.C., bien conocido en el Egipto de la XXI Dinastía, o quizás una simple cuenta de cornalina de adorno, que una producción de los fenicios occidentales como cualquiera de los conocidos jarros y platos de

engobe rojo, de una jarra del tipo Cruz del Negro, de cualquiera de las ánforas que en general todavía definimos como R-1 o, como tantas veces ocurre, tengamos que decidir qué debe significar históricamente un único fragmento de galbo atípico fabricado a torno localizado en un contexto del Bronce Final.

Desde luego, apriorísticamente, ya no podrá relacionarse a ese fragmento desgraciadamente anodino con el mundo oriental *fenicio* de los siglos IX-VIII a.C. Hará falta que los arqueólogos aportemos algo más en pos de una credibilidad necesariamente construida desde la científicidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular. Bibliotheca Praehistorica Hispana*, VIII. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): "El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura". *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, Vol. XIV.
- (1998): "Precolonización' y Cambio Socio-Cultural en el Bronce Atlántico". En S. Oliveira (Ed.) Intercambio e Comercio: As "Economías" da Idade do Bronze (1). Existe uma Idade do Bronze Atlântico?. *Trabajos de Arqueología*, 10. Lisboa, 81-100.
- ALMAGRO, M. y FONTES, F. (1997): "The Introduction of Wheel-Made Pottery in the Iberian Peninsula: Mycenaean or Pre-Orientalizing Contacts?". *Oxford Journal of Archaeology*, 16 (3).
- AMO, M. del y BELÉN, M. (1981): "Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro". *Huelva Arqueológica*, V. Madrid, 57-148.
- ARTEAGA, O. y SCHUBART, H. (1986): "El mundo de las colonias fenicias occidentales". *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla, 499-525.
- ARTZY, M. (2006): "The Jatt Metal Hoard in Northern Canaanite/Phoenician and Cypriote Context". *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 14. Barcelona, 10-120.
- ASTRÖM, P. y MASSON, E. (1982): "A Silver Bowl with Canaanite Inscription from Hala Sultan Tekké". *Report of the Department of Antiquities Cyprus*, 72-76.
- AUBET, M.E. (1987): Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Barcelona.
- (1998): "Prólogo". En I. Pavón (Ed.): *El tránsito del II al I milenio a.c. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*. Cáceres.
- BAUER, A. (1998): "Cities of the Sea: Maritime Trade and the Origin of Philistine Settlement in the Early Iron Age Southern Levant". *Oxford Journal of Archeology*, 17 (2), 149-168).
- BELÉN, M.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y GARRIDO, J.P. (1978): "Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza". *Huelva Arqueológica*, III. Madrid.
- BENDALA, M. (1977): "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos". *Habis* 8, 177-205.
- (1979): "Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos". *Archivo Español de Arqueología* 52, 33-38.

- (1986): "La Baja Andalucía durante el Bronce Final". Homenaje a Luis Siret. Cuevas de Almanzora. Sevilla, 530-536.
- (1991): "La problemática de las necrópolis tartésicas". En J. Blánquez y V. Antona (Coord.) Actas del Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis. Madrid, 27-36.
- BIKAI, P.M. (1978): *The Pottery of Tyre*. Warminster.
- (1992): "The Phoenicians". En W. A. Ward y M.S. Joukokowsky (Eds.) *The Crisis Years: The 12th Century B.C. From Beyond the Danube to the Tigris*. Dubuque, 132-141.
- (2000): "Phoenician Ceramics from the Greek Sanctuary". En J.W. Shaw y M.C. Shaw (Ed.) *Kommos*, IV, 302-312.
- BLÁZQUEZ, J.M., LUZÓN, J.M., GÓMEZ, F. y CLAUSS, K. (1970): *Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro*, Huelva. Huelva.
- BLÁZQUEZ, J.M., RUIZ MATA, D., REMESAL, J., RAMÍREZ, J.L. y CLAUSS, K. (1979): "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva) Campaña de 1977". *Excavaciones Arqueológicas en España*, 102, 13-199.
- CABRERA, P. (1990): "El comercio foceo en Huelva: Cronología y Fisionomía". *Huelva Arqueológica*, X-XI, 3. Huelva, 41-100.
- CÁCERES, Y. (1997): "Cerámicas y tejidos: sobre el significado de la decoración geométrica del Bronce Final en la Península Ibérica". *Complutum* 8, 125-140.
- CAMPOS, J.M., GÓMEZ, F. y PÉREZ, J.A. (2006): *Ilipla-Niebla. Evolución urbana y ocupación del territorio*. Universidad de Huelva, Dirección General de Bienes Culturales y Comunidad Económica Europea. Huelva.
- CARRIAZO ARROQUIA, J.M. (1973): *Tartesos y el Carambolo*. Madrid.
- (1992): *El Carambolo*. Universidad de Sevilla, 2ª Ed.
- CELESTINO, S. (2001a): *Estelas de guerreros y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra. Barcelona.
- (2001b): "Los Santuarios de Cancho Roano. Del Indigenismo al Orientalismo Arquitectónico". En D. Ruiz Mata y S. Celestino (Ed.) *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. Centro de Estudios del Próximo Oriente y CSIC. Madrid, 17-56.
- COLDSTREAM, J.N. (1968): *Greek Geometric Pottery. A survey of ten local Styles and their Chronology*. Londres.
- (1998): "The First Exchanges Between Eubeans and Phoenicians: Who took the initiative?". En S. Gitin, A. Mazar y E. Stern (Ed.) *Mediterranean Peoples in Transition. Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*. Jerusalén, 353-360.
- CÓRDOBA ALONSO, I. (2004): "La Cerámica Pintada con Motivos Radiales del Túmulo 1 de la Necrópolis de las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz)". *Actas do II Encontro Arquelogia do Sudoeste Peninsular*. Universidad do Algarve. Faro, 131-139.
- CORZO SÁNCHEZ, R. (2005): "Sobre las primeras imágenes y la personalidad originaria del Hercules Gaditanus". *Spal*, 14. Sevilla, 91-122.
- DOTHAN, T. (1979): "Excavations at the Cemetery of Deir El-Balah". *Qedem*, 10. Jerusalén.

- ESCACENA, J.L. (1995): "La etapa precolonial de Tartesos. Reflexiones sobre el <<Bronce>> que nunca existió". *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera, 179-214.
- ESCACENA, J.L. e IZQUIERDO, R. (2001): "Oriente en Occidente: Arquitectura Civil y Religiosa en un 'Barrio Fenicio' de la Caura Tartésica". En D. Ruiz Mata y S. Celestino (Ed.) *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. Centro de Estudios del Próximo Oriente y CSIC. Madrid, 123-157.
- FANTALKIN, A. (2006): "Identity in the Making: Greeks in the Eastern Mediterranean during the Iron Age": En A. Villing y U. Schlotzhauer (Ed.) *Naukratis: Greek Diversity in Egypt. Studies on East Greek Pottery and Exchange in the EasternMediterranean. The British Museum*. Londres, 199-235.
- FANTALKIN, A. y FINKELSTEIN, I. (2006): "The Sheshong I Campaign and the 8th-Century-BCE Earthquake: More on the Archaeology and History of the South in the Iron I-IIA". *Tel Aviv*, 33. 18-42.
- FERNÁNDEZ, J. (1984): "La presencia griega arcaica en Huelva". *Excavaciones en Huelva*, 1/1984. Huelva.
- (1990): "Tartessos y Huelva". *Huelva Arqueológica*, X-XI. Vol. I-III. Huelva.
- FERNÁNDEZ, J., RUFETE, P. y GARCÍA, C. (1992): "Excavación Arqueológica en el solar nº 29 de la calle Puerto de Huelva". *Huelva Arqueológica*, XII. Huelva, 9-77.
- FERNÁNDEZ, A. y RODRÍGUEZ, A. (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del Suroeste peninsular, el origen y ocaso de Tartessos*. Almuzara, Córdoba.
- FINKELSTEIN, I. (1996): "The Archaeology of the United Monarchy: an Alternative View". *Levant XXVIII*, 177-187.
- (1999): "Hazor and the North in the Iron Age: A Low Chronology Perspective". *BASOR* 314, 55-70.
- FINKELSTEIN, I. y SILBERMAN, N.A. (2001): *The Bible Unearthed. Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*. Nueva York.
- GALÁN, E. (1995): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra, 5.
- GARCÍA SANJUÁN, L., WHEATLEY, D.W, FÁBREGA, P., HERNÁNDEZ, M.J. y POLVORINOS, A. (2006): "Las estelas de guerreros de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, tecnología y contexto". *Trabajos de Prehistoria*, 63, Nº 2. Madrid, 135-152.
- GARRIDO, J.P. (1968): "Excavaciones en Huelva. El Cabezo de La Esperanza". *Excavaciones Arqueológicas en España* 63.
- (1983): "Avance sobre las excavaciones de urgencia en la calle del Puerto, Huelva". *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena 1982)*. Zaragoza, 549-556.
- GARRIDO, J.P. y OLMOS, R. (1982): "Las cerámicas griegas en Huelva". *Homenaje a Saenz de Buruaga*. Badajoz, 243-264.
- GARRIDO, J.P. y ORTA, E.M. (1970): "Excavaciones en la necrópolis de la Joya (1ª y 2ª campañas). *Excavaciones Arqueológicas en España* 71.
- (1978): "Excavaciones en la necrópolis de la Joya, Huelva II. (3ª, 4ª y 5ª Campañas). *Excavaciones Arqueológicas en España*.

- (1989): "La necrópolis y el hábitat orientalizante de Huelva". En Itinerario de Monumentos. Huelva, 5-93.
- GÓMEZ, F. (1998): *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir. El territorio y su ocupación*. Huelva.
- (2004): "Cerámicas Fenicias en el Suroeste Atlántico Andaluz. Una reflexión crítica". En *Mirando al Mar. Perspectivas desde el Poniente Mediterráneo del II y I Milenios a.C. Revista de Prehistoria*, 3. Universidad de Córdoba, Córdoba, 63-114.
- (2006): "El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir. Síntesis histórico-arqueológica según las más recientes evidencias". *Madridier Mitteilungen* 47, 24-42.
- (2007a): "Nuevas evidencias en Huelva desde finales del siglo VI a.C. ¿Crisis, reactivación, o simplemente continuidad?". En J.L.López Castro (Ed.) *Las Ciudades Fenicio-Púnicas en el Mediterráneo Occidental*, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos y Universidad de Almería. Almería, 441-458.
- (2007b): "La crisis del siglo VI a.C. en Tartessos: Una lectura a través de las murallas de Niebla". *Actas III Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell. De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterani occidental*. Homenatge a Miquel Cura. Arqueo Mediterrània, 9. Barcelona, 71-77.
- (2008): "El final del Hierro Antiguo en la Provincia de Huelva (siglos VI-V a.C.)". *Sidereum Ana*, 1. *El río Guadiana en época post-orientalizante. Anejos de AespA*, XXXXIX. Mérida, 415-427.
- (en prensa): "Cerámicas del Bronce Final en Huelva (1200-600 a.C.). Nueva Tipología para explicar su amplitud cronológica". En *Homenaje a la Dra. Pilar Acosta*. Tabona. Sta. Cruz de Tenerife.
- GÓMEZ, F. y CAMPOS, J.M. (2000): *Carta del Riesgo de la Ciudad de Huelva*. Memoria inédita depositada en la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- (2001): *Arqueología en la Ciudad de Huelva (1966-2000)*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.
- (en prensa): El Bronce Final Prefenicio según la ladera noroeste del Cabezo de San Pedro en Huelva. Una revisión cuarenta años después. *Complutum*, 19.
- GÓMEZ, F., BELTRÁN, J.M. y RASTROJO, J. (en prensa): "La conformación del sitio arqueológico de Huelva. Procesos naturales y actividad humana". *Spal*. Universidad de Sevilla.
- GONZÁLEZ, F., SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): "El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.). Biblioteca Nueva, Madrid.
- HERRERA, M.D. y GÓMEZ, F. (2004): *Tell Abu Hawam (Haifa, Israel). El horizonte fenicio del Straum III británico*. Huelva.
- JAMES, P. (1991): *Centuries of Darkness. A Challenge to the Conventional Chronology of the Old World Archaeology*. Londres (Versión española 1993).

- KARAGEORGHIS, V. (1973): "Contribution to the Religion of Cyprus in the 13th and 12th Centuries B.C.". *Acts of the Int. Arch. Symp. The Mycenaeans in the Eastern Mediterranean*. Nicosia, 105-109.
- (1992): "The Crisis Years: Cyprus". En W. A. Ward y M.S. Joukokowsky (Eds.) *The Crisis Years: The 12th Century B.C. From Beyond the Danube to the Tigris*. Dubuque, 79-86.
- (2002): *Early Cyprus. Crossroads of the Mediterranean*. P. Getty Museum, Los Ángeles.
- KRISTIANSEN, K. y LARSSON, T.B. (2006): *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Bellaterra. Barcelona.
- LO SCHIAVO, F. (2003): "Sardinia between East and West: interconnections in the Mediterranean". *Sea routes... from Sidon to Huelva. Interconnections in the Mediterranean 16th - 6th c. B.C.* Museum of Cycladic Art. Atenas, 152-161.
- LÓPEZ PARDO, F. (2005): "Crono y Briareo en el umbral del Océano. Un recorrido por la historia mítica de los viajes al confín del Occidente hasta los albores de la civilización". En V. Peña, A. Mederos y C.G. Wagner (Eds.) *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid, 1-42.
- LUCAS, M.R. y GÓMEZ, P. (1993): "Transporte marítimo del metal como materia prima durante el Bronce Final". *CuPAUM*, 20, 107-131.
- LUCENA, A.M. (2004): "Siempre estuvo el mar en medio: Una mirada al Mediterráneo desde el Oeste en el II Milenio A.C.". En *Mirando al mar: perspectivas desde el Poniente Mediterráneo: II y I Milenios A.C. Revista de Prehistoria*, 3. Córdoba, 49-62.
- MAIA, M. (2003): "Fenicios em Tavira". *Tavira, territorio y poder*. Lisboa, 57-72.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1991): "La Península Ibérica y el Mediterráneo en el Segundo Milenio a.C.". *El Mundo Micénico. Cinco siglos de la primera civilización europea 1600-1100 a.C.* Ministerio de Cultura. Madrid, 110-114.
- (2007): "El Río Guadalquivir y el Mediterráneo". En Carla Pepe (Ed.) *Atti del Convegno Men Lands and Seas. L'Archeologia nel Mare*. Nápoles,
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C., VERA, J.C., SÁNCHEZ, A., RUIZ MATA, D., PÉREZ, C.J., RUIZ GIL, J.A., LÓPEZ, J.J., BARRIOS, J., MONTEALEGRE, L., e IBARRA, F.J. (2004): "Colgantes y cuentas de cornalina procedentes de Andalucía Occidental". En *Mirando al mar. Perspectivas desde el Poniente Mediterráneo: II y I Milenios A.C. Revista de Prehistoria*, 3. Córdoba, 7-47.
- MASSON, O. (1973): "Remarques sur les cultes chypriotes a l'epoque du Bronze Recent". *Acts of the Int. Arch. Symp. The Mycenaeans in the Eastern Mediterranean*. Nicosia, 110-121.
- MAZAR, E. (2003): "The Phoenicians in Achziv, The Southern Cemetery". *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 7. Barcelona, 9-204.
- MCGOVERN, P.E. (2003): *Ancient Wine. The Search for the Origins of Viticulture*. Princeton.
- MEDEROS, A. (1996): "Representaciones de liras en las estelas decoradas del Bronce Final de la Península Ibérica". *CuPAUAM* 23, 114-123.

- MEDEROS, A. y HARRISON, R.J. (1996): "Placer de Dioses. Incensarios en soportes con ruedas del Bronce Final de la Península Ibérica". *Complutum Extra*, 6 (1). Madrid, 237-253.
- MONTET, P. (1951): "Les constructions et le tombeau de Psousennès à Tanis". *Fouilles de Tanis*, II. Paris.
- MOSCATI, S. (1983): "Precolonizzazione greca e precolonizzazioni fenicia". *Rivista di Studi Fenici*, XI. 1-7.
- MUHLY, J. (1989): "The Organization of the Copper Industry in Late Bronze Age Cyprus". En E.J. Pentelburg (Ed.) *Early Society in Cyprus*. Edimburgo, 298-314.
- (1992): "The Crisis Years in the Mediterranean World: Transition or Cultural Desintegration? En W. A. Ward y M. S. Joukowsky (Eds.) *The Crisis Years: The 12th Century B.C. From Beyond the Danube to the Tigris*. Dubuque, 10-26.
- (1998): "Copper, Tin, Silver and Iron: The Search for Metallic Ores as an Incentive for Foreign Expansion". En S. Gitin, A. Mazar y E. Stern (Eds.) *Mediterranean Peoples in Transition. Thirteenth to Early Tenth Century BCE*. Jerusalén, 214-329.
- MURILLO J.F., MORENA, J.A. y RUIZ, D. (2005): "Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y de Ciudad Real". *Romula*, 4. 7-46.
- OREN, (1973): *The northern cemetery of Beth Shan*. Leiden.
- PADRÓ, J. (1998): "Los Aegyptiaca Prerromanos de la Península Ibérica". En J.L. Cunchillos y otros (eds.) *El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente. Sapanu. Publicaciones en Internet II* [<http://www.labherm.filol.csic.es>]
- (2001): "La plata de Psusenes y la fecha de la fundación de Gadir". *Aula Aegyptiaca - Studia*, 2. Barcelona, 155-159.
- PAVÓN, I. (1998): *El tránsito del II al I milenio a.c. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*. Cáceres.
- PELLICER, M. (1962): "Excavaciones en la necrópolis púnica 'Laurita' del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)". *Excav. Arq. en España* 17.
- PÉREZ, J.A. (1996): *Metalurgia extractiva prerromana en Huelva*. Huelva.
- PÉREZ, J.A., CARRASCO, I. y VERA, E. (2005): "Metalurgia de la plata en el asentamiento de Bronce Pleno/Final de Cortijo la Ramira (Salteras-Gerena, Sevilla)". *Huelva en su Historia*, 2. Huelva, 11-52.
- PRITCHARD, J.B. (1978): *Recovering Sarepta, a Phoenician City*. Princeton.
- PUECH, E. (1983): "Présence phénicienne dans les îles à la fin du Ie Millénaire". *Revue Biblique*, 3. Paris, 365-395.
- RUFETE, P. (2002): "El final de Tartessos y el período turdetano en Huelva". En *Huelva Arqueológica* 17, 7-204.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. L. (1993): "El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce". *Complutum*, 4, 41-68
- (1995): *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. *Complutum - Extra* 5. Madrid.
- (2005): "Der fliegende middlemeermann. Piratas y héroes en los albores de la Edad del Hierro". *Anejos de AespA*, XXXV. Madrid, 251-275.

- RUIZ GIL, J.A. y LÓPEZ AMADOR, J.J. (2001): *Formaciones sociales agropecuarias en la Bahía de Cádiz. 5000 años de adaptación ecológica en la Laguna del Gallo, El Puerto de Santa María*. Cádiz.
- RUIZ MATA, D. (1995): "Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico". *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera, Cádiz, 265-313.
- RUIZ MATA, D., BLÁZQUEZ, J.M. y MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1981): "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva): Campaña de 1978". *Huelva Arqueológica*, V, 149-316.
- RUIZ MATA, D. y GÓMEZ, F. (en prensa): "El final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico y los inicios de la colonización fenicia en Occidente". En S. Celestino, N. Rafel, y X.L. Armada (Eds.) *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII ANE). La precolonización a debate*. Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, CSIC. 343-372.
- SHAW, J.W. (1993): "Phoenicians in Southern Crete". *AJA*, 93, 2. 165-183.
- (1998): "Kommos in Southern Crete: an Aegean Barometer for East-West Interconnections". En V. Karageorghis y N. Stampolidis (Ed.) *Eastern Mediterranean: Cyprus-Dodecanese-Crete 16th-6th cent. B.C.* Atenas, 2-14.
- (2000): "The Phoenician Shrine, ca. 800 B.C., at Kommos in Crete". *Actas. IV Cong. Int. Estudios Fenicios y Púnicos*, Vol. III. Cádiz, 1107-1119.
- SCHAUER, P. (1983): "Orient im spätbronze und früheisenzeitlichen Occident. Kulturbeziehungen zwischen der Iberischen Halbinsel und dem Vorderen Orient während des späten 2. und des ersten Drittels des 1. Jahrtausends c.Chr.". *Jahrbuch des römisch-germanischen Zentralmuseums*. Mainz 30. 175-194.
- SCHUBART, H. (1971): "Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste peninsular". *Trabajos de Prehistoria*, 28, Madrid, 3-32.
- SCHUBART, H. y GARRIDO, J.P. (1967): "Probegrabung auf dem Cabezo de la Esperanza un Huelva". *Madridier Mitteilungen* 8, 123-158.
- SHERRAT, S. (1998): "Sea Peoples" and the Economic Structure of the Late Second Millennium in the Eastern Mediterranean". En S. Gitin, A. Mazar y E. Stern (Eds.) *Mediterranean Peoples in Transition. Thirteenth to Early Tenth Century BCE*. Jerusalén, 292-313.
- STAMPOLIDIS, N. C. (2003): "A summary glance at the Mediterranean in the Early Iron Age (11th-6th c. B.C.)". *Sea routes... from Sidon to Huelva. Interconnections in the Mediterranean 16th - 6th c. B.C.* Museum of Cycladic Art. Atenas, 41-79.
- STOS-GALE, Z.A. (2006): "Appendix A. Provenance of Metals from Tel Jatt on Their Lead Isotope Analyses". En M. Artzy (Ed.) "The Jatt Metal Hoard in Northern Canaanite/Phoenician and Cypriote Context". *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 14. Barcelona, 10-120.
- TEJERA, A., FERNÁNDEZ, J. y RODRÍGUEZ, M. (2006): "Las estelas tartésicas: ¿Losas sepulcrales, marcadores étnicos o representación de divinidades guerreras". *Spal*, 15. Madrid, 149-165.
- TORRES, M. (1999): *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 3. Real Academia de la Historia. Madrid.

- (2002): *Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 14. Studia Hispano-Phoenica 1. Real Academia de la Historia. Madrid.
 - (2004): "Un fragmento de vaso askoide nurágico del fondo de cabaña del Carambolo". *Complutum*, 15. 45-50.
- YON, M. (1981): "L'Âge du Fer en Méditerranée Orientale: L'Exemple de Chypre". *Archeologia Corsa*, 6-7.

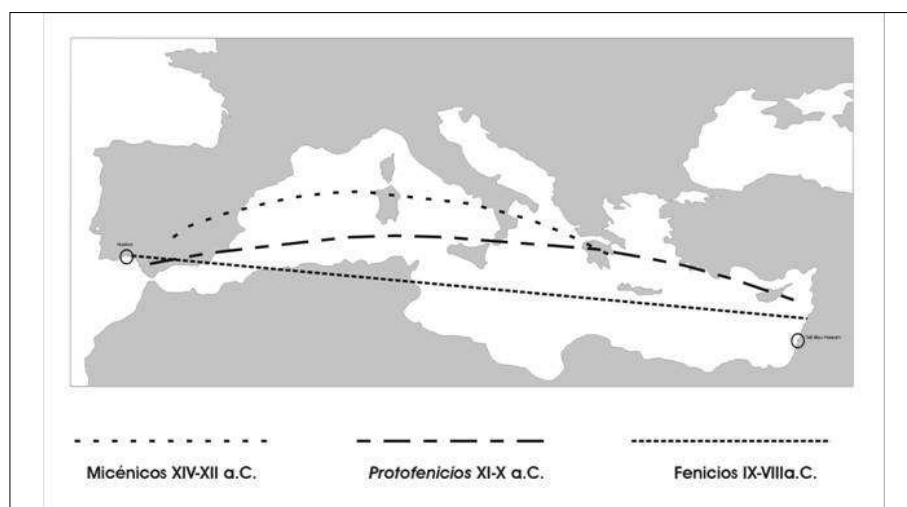


Figura 1: Mapa del Mediterráneo mostrando las diferentes fases mencionadas en el texto.